

Unidad 6

- Semblanzas del pensamiento periodístico en México

Semblanzas del pensamiento periodístico en México

El escritor y la política

Nexos no. 57, septiembre de 1982.

El periodismo político, como forma de participación ciudadana en los asuntos públicos sólo pudo establecerse entre nosotros a la fundación de la república. Era imposible algo distinto en el clima autoritario, conformista, del dominio virreinal. El primer periódico nacional, La Gaceta de México, lo declara inequívocamente: “No se hacen aquí reflexiones políticas, porque se goza de un gobierno pacífico, y porque las máximas de Estado se gobiernan por el irrefragable dictamen de nuestro Soberano”.

Lizardi o el cumpleaños de la República

Casi un siglo después, un fugaz atisbo de libertad (la puesta en vigor, a regañadientes, de la Constitución de Cádiz en México), permitió el nacimiento del periodismo que se ocupa de asuntos políticos. Lo inaugura José Joaquín Fernández de Lizardi. Apenas cinco días después de iniciada la breve etapa del liberalismo constitucional, el 9 de octubre de 1812, aparece El pensador mexicano, El primero de los nueve periódicos que lanzaría Fernández de Lizardi. En el número nueve de la publicación, el 3 de diciembre, cumpleaños del virrey Venegas, El pensador le solicita derogar el bando del 25 de junio anterior que permitía a los comandantes militares enjuiciar a los clérigos revolucionarios. Y como exordio a semejante demanda, le asesta lo que sigue:

“Hoy es cuando los aduladores andarán quebrándose las piernas por subir a la cumbre bipartida. Hoy andarán ansiosos mendigando los favores de Clío, las dulzuras de Calíope y las bellezas de Talía. Hoy se verá vuestra excelencia comparado con el fabulosamente invencible Hércules o con el realmente valeroso Aquiles. Hoy será vuestra excelencia igual a Licurgo y a Solón en el gobierno; y en lo excelente y magnánimo, superior a César, a quien sus paniaguados dieron por asiento o pedestal no menos que la esfera de los cielos. Pero ¡oh fuerza de la Verdad! hoy se verá vuestra excelencia en mi pluma un miserable mortal, un hombre como todos y un átomo despreciable a la faz del Todopoderoso. Hoy se verá vuestra excelencia un hombre que, por serlo, está sujeto al engaño, a la preocupación y a las pasiones.”

Eso fue el 3 de diciembre, el 5 Venegas decretó la suspensión de la libertad de expresión y el 7 Fernández de Lizardi fue llevado a prisión. No fue su primera ni su última encarcelación. Entre una y otra se dio tiempo para fundar también la novela hispanoamericana, al escribir en 1816 El periquillo sarniento. Insurgente de la primera

hora, entró en receso cuando declinó la fuerza de la revolución, y se unió por fin a las tropas iturbidistas, cuando habían ya proclamado éstas el Plan de Iguala. “Serví de director de las imprentas y en cuanto se me consideró útil, sin sueldo ni designación ninguna”, escribiría en 1822. Hombre de acción fue, por lo visto, aunque de su vida queda el sentido moral que imprimió a sus obras, la perseverancia de su juicio, el realismo de sus concepciones políticas, la claridad para divisar entre las brumas del presente confuso la luz del porvenir, su confianza en el hombre, su optimismo en la vitalidad de la República. Vivió y murió pobre, pegado a los de abajo. “Aquí yacen las cenizas del Pensador Mexicano -mandó en su testamento que dijera su epitafio-, quien hizo lo que pudo por su patria.”

Lucas Alamán: el semejante a sí mismo

Un origen y un destino por completo diversos fueron, respecto de Lizardi, los de Lucas Alamán. Nació en la opulencia, varón largamente esperado por un padre ansioso de descendencia masculina, y fue siempre ejemplo de hombre de fortuna. Sus primeras incursiones en la ciencia lo llevaron a la mineralogía, pero anduvo luego en los negocios, en las leguas y en las lenguas, en la diplomacia, y terminó siendo hombre de letras y de gobierno, aunque acaso debiera decirse que este último fue un destino precoz. En efecto, fue llamado al ministerio de Relaciones Exteriores cuando apenas tenía 31 años. Tiempo tendría más tarde de convertirse en pionero del fomento estatal a la industria al fundar el banco de avío, y sobre todo de hacerse con Gutiérrez de Estrada promotor de la monarquía en México, y, él sólo, el mayor teórico del conservadurismo. Salido del ministerio y entrado en la administración de negocios privados, los suyos y otros ajenos, entró también en el periodismo. De 1826 a 1832 hizo circular en los cuarteles, para soliviantar a la soldadesca, un pasquín titulado El Toro, publicación a la que don Manuel Toussaint llamó “la más soez de toda la literatura mexicana”. Luego, en 1845 estableció El Tiempo, que tres años más tarde se transformó en El Universal, órganos lo más connotados en la defensa de la monarquía. Por lo mismo, este último fue barrido en 1885 por los vientos que se llevaron para siempre de la escena política mexicana a Su Alteza Serenísima.

Alamán había muerto los años atrás. Dejó las mejores definiciones de la doctrina conservadora. Había que actuar, predicó, de acuerdo con las costumbres formadas en trescientos años, con los valores establecidos y con los intereses creados. En uno de sus escritos postreros, dirigido, en 1853 a Santa Anna, Alamán se dice representante “de toda la gente propietaria, el clero y todos los que quieren el bien de su patria” para promover la defensa de la religión católica por ser “el único lazo común que liga todos los mexicanos”. Para ello había que contar con un gobierno fuerte, combatir en “contra de todo lo que se llama elección popular” y preferir un pequeño Consejo en vez de un Congreso. Para ese fin, Alamán asegura al dictador que “puede contar con la opinión general que está decidida en favor de ellos” y “con los principales periódicos de la capital y de los estados, que todos son nuestros”, lo cual era cierto pues entraba en vigor por esos días la más severa ley de imprenta que estuvo jamás vigente entre nosotros, la ley Lares, que dejó sin diarismo liberal a la República. El visionario Alamán tuvo, a las puertas de la muerte, su última equivocación, al advertir a Santa Anna: “En

manos de usted, señor general, está el hacer feliz a su patria, colmándose usted de gloria y bendiciones”.

Advierte Arnáiz y Freg que Alamán “ha sido un escritor poco leído. Cuando no se le conoce, ha parecido conveniente depurarlo sin conciencia o rendirle elogios desproporcionados. (En cambio) cuando se le ha leído... con auténtico afán de imparcialidad, se ahonda la impresión de que en el relato de lo que vio e investigó no quiso entregarnos una visión cabal de México. Pero es innegable que nos dejó en sus escritos —a pesar de sus reservas y sus disfraces, y hasta por ellos mismos—, su más fiel autorretrato”.

Juan Bautista Morales o el petate del muerto

En la trinchera opuesta a Alamán brilló, en los pesados años cuarenta de la centuria pasada, Juan Bautista Morales, director de El Gallo Pitagórico. Hombre pausado, no parecía capaz del heroísmo de responder a las amenazas de Santa Anna, enemigo de los periodistas liberales si los hubo: “desde que entré en esto tuve para mí que lo peor en que puedo terminar es en un petate entre cuatro velas”. Mauricio Magdaleno dice de él que “fue un periodista y un patriota que, desdeñando los peligros y acaso la fortuna, atento sólo al mandato de su conciencia, desencadenó contra la tiranía y la corrupción del régimen de Santa Anna una ofensiva de letra impresa... Dominando el tono circunstancial de la diatriba periodística, aparecen a lo largo de sus artículos, las cualidades bien patentes de un moralista, que aspiraba a una regeneración en el rumbo y el tono de nuestra vida social y política. En esta alta preocupación por los destinos de México es donde reside la virtud cardinal del periodismo de El Gallo Pitagórico.

Un ejemplo de su pluma, que podría pasar por contemporánea, salvo por el estilo. Dice lo que sigue:

“Este es el verdadero retrato de los mexicanos, trabajar para otros y nada más. Cuanto produce la minería, el comercio, la agricultura, todo es para el extranjero, de manera que hoy la suerte de aquellos es peor que en tiempos de gobierno español. Ingleses, franceses, alemanes, polacos, italianos, americanos del Norte y diablos coronados, todos no tienen otras miras que ver la tarascada que pueden dar a la riqueza de la República. La minería en su mayor parte está en poder de los extranjeros, el comercio es exclusivamente suyo, pues en la nación no existe un cuerpo nacional de comerciantes, porque todos son extranjeros o regatones de extranjeros; la industria es también casi exclusiva de éstos, y muy buen cuidado tienen de impedir los progresos del país. Aun la agricultura ha sido objeto de sus ataques, en aquellos ramos en que pueden perjudicarse sus especulaciones, como se ha visto en el empeño que han tomado para introducir algodón en rama. Ello es verdad que nos desnudan por hacernos bien y buena obra, así que aún tenemos que agradecer el favor de que nos desnuden.”

Al escribir el prólogo al libro en que se juntaron artículos notables de El Gallo Pitagórico, un excepcional colega de Morales dijo de él que “su biografía no puede tener el atractivo de las aventuras novelescas, porque en él pudo más la razón que las

pasiones”. Ese colega era Francisco Zarco, que ocupa el centro de estas notas, no sólo porque estamos ya a la mitad de su contenido, sino porque todo gira alrededor de esta figura descomunal, el mayor entre cuantos han practicado este oficio.

Francisco Zarco: la memoria liberal

Duranguense avecindado en Toluca, Zarco fue funcionario antes que periodista, pero ello sólo en el tiempo. Las vicisitudes de la guerra de intervención lo hicieron oficial mayor de la cancillería cuando estaba apenas por cumplir 18 años; concluida la guerra, dejó el gobierno y resolvió escribir. Entró primero en la literatura de imaginación, pero ya el 23 de marzo de 1850 debutó como articulista político. En julio siguiente enfrentó por la primera vez una consecuencia que era entonces casi inevitable por ejercer aquel afán: cayó en la cárcel y El Demócrata, que apoyó la para entonces extravagante idea de apoyar a un civil para Presidente de la República, fue clausurado.

Llamado a servir a la República de modos diversos, fue elegido diputado en 1851. Al comienzo del año siguiente se incorporó a El Siglo XIX, el eje del pensamiento liberal desde diez años antes. Allí sufriría procesó tras proceso. Y allí pondría en usó, que sería prontamente imitado, el supremo recurso de los diarios censurados: salir en blanco. El 22 y el 23 de septiembre de 1852 apareció El Siglo llevando sin imprimir el espacio destinado al editorial, como muda protesta por la censura establecida por el general Arista. Más de una vez, ya bajo el imperio disimulado de Santa Anna, debería repetirse la operación.

Caído este dictador, los gatopardos de siempre resolvieron jinetear a la revolución de Ayutla. Zarco escribió entonces uno de sus mayores artículos. Bajó el título “Necesidad de que no se falsee la revolución”, Zarco escribió:

“Derrotado completamente el partido conservador y santanista, más por la fuerza irresistible de la opinión que por la secundaria de las armas, demostrado con hechos anegables que en pos de las ideas retrógradas caminan la muerte y la desolación, parecía natural que en el nuevo orden de cosas alcanzaran un completo triunfo los principios liberales, así como que quedasen separados de toda intervención en los negocios públicos los que han figurado entre los más celosos propagadores del sistema caído, y con mayor razón aún los que han contribuido hasta dónde les ha sido posible al sostenimiento del gobierno del dictador. Pues bien, lo diremos con franqueza porque toda reticencia nos parece peligrosa: en los sucesos de ayer vemos que asoma ya el principio de la contrarrevolución, el falseamiento de las ideas que han obtenido la victoria. Nos referimos a la composición de la junta de representantes, que después de hacer el nombramiento de Presidente de la República debe funcionar como consejo de Estado. Cualquiera hubiera creído que ella sería la expresión neta del gran partido liberal, con absoluta exclusión de los que han sido sus enemigos declarados. Las transacciones políticas se celebran entre dos partidos contendientes, no entre vencedores y vencidos. Las transacciones son posibles entre vencidos y vencedores cuando no se profesan principios incompatibles, cuando no se acaba de dar el ejemplo de que esos a quienes se tiende la mano nunca se acordaron de darla en el tiempo de su engrandecimiento. Por una irrisión inconcebible, por un contrasentido monstruoso, en la lista de los representantes de ayer encontramos nombres que son el emblema de

ideas, de sistemas, de conducta, diametralmente opuestos a los que han triunfado. Allí ha tenido cabida el elemento conservador, allí el elemento santanista, hasta los jesuitas están representados allí.”

El momento climático, estelar de la vida de Zarco ocurriría durante su participación en el Congreso Constituyente de 1856. No fue el único periodista que al mismo tiempo fuera diputado. Pero sí fue el más descollante entre todos ellos. Como periodista, redactó nuestro mayor monumento de periodismo parlamentario, su Crónica del Constituyente, confeccionada día tras día, después de participar en los debates, y publicada en El Siglo XIX sin interrupción. Como diputado, sus intervenciones en la discusión de algunos de los artículos principales de la Carta de 1857 mostraron su gran talento político y oratorio. Transitaba sin solución de continuidad del alegato en la prensa a la argumentación en la tribuna, y consiguió para los hombres de su oficio, - “arma terrible que arrebató a los tiranos sus secretos, revela sus absurdos y destruye sus errores”, lo llamó- una forma de enjuiciamiento para cuando cometieran delitos, que no pudiera usarse por la dictadura para acabar con esa, la primera entre todas las libertades, la de prensa.

Cuando Juárez rescató la legalidad rota por Comonfort, Zarco estuvo con él. Fue ministro de Estado y como tal expidió la ley reglamentaria de la libertad de prensa. Como es previsible, se trata de la norma con mayor suavidad dictada nunca contra los delitos que se cometen a través de la prensa. Como presidente de la diputación permanente juarista, acompañó al Presidente en su travesía por el desierto, y cuando sobrevino la intervención, salió al exilio. Hace unos días se puso en circulación una obra que recoge los artículos escritos por Zarco desde su destierro en Nueva York, entre 1865 y 1867, antes de volver a México donde moriría en la mayor pobreza en 1869. La naturaleza de su posición y su trabajo en el exilio quedan labrados en esta nota, dirigida a los editores de El Comercio de Lima, al ofrecerse como corresponsal:

“Ningún título tengo para ser preferido por usted, ni para merecer su confianza; aunque he sido en México periodista unos 16 años, diputado a varios congresos y ministro de Estado, en el aislamiento en que han vivido nuestros países tal vez mi nombre sea completamente ignorado en el Perú y por lo mismo nada signifique en la prensa; sin embargo, hago valer ante” usted mis antecedentes de escritor liberal, consagrado siempre a los intereses americanos y emigrado por una causa que es la de América toda. No hay para qué yo oculté, pues de ello no me avergüenzo, que después de una larga vida pública, no me queda para atender a mi subsistencia otro medio que mi pluma ya bastante cansada y que no puede jamás defender principios que no están en mis convicciones.”

Tres años después que Zarco murió, Juárez muere. Era ya inminente el asalto de Díaz a la presidencia, que la civilidad reunida de Lerdo y de Iglesias no pudieron sino aplazar. Desde que triunfó Tuxtepec, la que habría de ser la última de las revoluciones, la destinada a acabar con todas las revoluciones, Porfirio Díaz no sólo edificó la paz a su manera y construyó el país que pudo concebir, sino también empezó a labrar su propia imagen. Para ello financió como nadie a los periódicos, sabedor que allí se tallan las famas y se cantan las glorias de quienes pueden pagarlas.

Francisco Bulnes: el gran energúmeno

Francisco Bulnes —nuestro gran energúmeno, lo ha llamado Jesús Reyes Heróles— fue, durante y después, el tallista primero, el gran cantor del porfirismo. Ingeniero de profesión, fue político activo, aunque su carrera se limitó al Congreso, donde acató siempre, como todos los diputados y senadores de su tiempo la voluntad del dictador.

El rasgo principal de su estilo es su capacidad para la diatriba, para el juicio contundente y sin apelación. Cosío Villegas dijo de él que, en cambio, sufría “incapacidad intelectual de análisis sostenido y de reflexión profunda”. No anduvo de acuerdo con esta opinión la de Vasconcelos, si bien es preciso considerar que acaso la necrofilia a que somos dados lo influyó, pues su juicio está contenido en un artículo destinado a hacer el balance de Bulnes, unos días después de su muerte en septiembre de 1924. Bulnes, dijo el Ulises criollo refiriendo lo que de él sentía la generación del Ateneo de la Juventud “nos irritaba porque le reconocíamos genio, nos conmovía porque a pesar de ser el defensor de un régimen caduco, constantemente los fulgores de su inspiración amenazaban incendiar el mismo edificio que tan celosamente defendía. Hubiéramos deseado aclamarlo como caudillo de la renovación de las ideas y sentíamos que se negaba a convertirse en el precursor de los tiempos nuevos”.

Algunos de los libros más sacudidores de Bulnes resultaron de acopiar sus artículos. Exiliado tras la caída del porfirismo, en El Universal de Palavicini y de Lanz Duret escribió algunas de las más formidables requisitorias contra la revolución dominante en el país al que volvió en 1920.

Al mismo tiempo que arrojaba sobre la sociedad la culpa de la tiranía porfirica (“no podía exigírsele (a Díaz) haber sido presidente demócrata en un país de esclavos”), deturpaba al nuevo régimen: “El programa revolucionario real es anónimo. Ha sido compuesto por la canalla; no por la canalla baja, de la calle, sino por la canalla proletaria, educada, viciosa, cobarde, envidiosa, deshonesto y disoluta. Esta canalla está compuesta de abogados trinqueteros, estudiantes sinvergüenzas con deudas en todas las cantinas y casas de asistencia baratas; tinterillos apolíticos con sumarios en su contra por estafa y falsificación; periodistas mediocres y provincianos; masones mexicanos desacreditados que buscan pan y despojo; ministros protestantes bien versados en la biblia del vicio; maestros de escuela productos de la normal, repletos de rencor y envidia”.

Flores el liberal, Cabrera el traductor

Bulnes hubiera dicho (¿lo dijo acaso?) que Ricardo Flores Magón pertenecía a esa canalla. Liberal primero, anarquista después, el director de Regeneración, uno de los periódicos que con mayor nitidez cumpliría el papel definido más tarde por Lenin para los periódicos revolucionarios, ser agitador y organizador colectivo, decía ya en 1901:

“El general Díaz, para gobernar sólo y ser el único amo, como ha sido, se ha rodeado de un grupo de autómatas, de hombres que no tienen más voluntad que la del

jefe, de hombres sin iniciativa y perdidos completamente para todo lo que signifique energías particulares y activas; en una palabra, se ha rodeado de hombres sin carácter, sin voluntad propia, de hombres que siempre podrán ser mandados y obedecer, pero que nunca podrán mandar, y por lo mismo nunca podrán llegar a ocupar la suprema magistratura del país. Además, en la política actual abunda el militarismo, y la nación está cansada de acicates y de machetes, como hastiada está también de sotanas y sobrepellices. La nación no quiere sufrir más la pesadumbre del militar ni la del fraile.”

Sentenciado nueve veces, Flores Magón pasó 13 de sus 49 años en la cárcel. En una de los Estados Unidos murió en 1922. Se apartó de las corrientes revolucionarias que se habían propuesto la transformación de México. Suerte diversa habría de correr don Luis Cabrera, el más vigoroso, el más completo, uno de los más discutibles de nuestros escritores políticos.

Impugnador sin tregua del porfirismo, Cabrera fue primero reyista y sólo se afilió a la causa de Madero cuando el general padre de don Alfonso desistió de oponerse a don Porfirio. Erigido rápidamente en conciencia de la Revolución (“revolución que transa revolución que pierde,” advirtió a don Francisco cuando éste firmó los tratados de Ciudad Juárez), Cabrera se hizo carrancista, desde la primera hasta la última hora. Secretario de Hacienda del primer jefe, lo acompañó hasta su asesinato en Tlaxcalantongo, y defendió su memoria en los años del militarismo de Obregón y Calles. Espíritu ferozmente independiente, se avenía mal á los partidos y á los grupos, y deambuló por la vida como lobo estepario. No comprendió el movimiento popular de Cárdenas, pero se rehusó a ser tomado como bandera por el Partido de Acción Nacional, cuya candidatura presidencial denegó en 1946. Hizo famoso el seudónimo de Licenciado Blas Urrea, anagrama de su propio nombre y supo hacer publicar, como todo hombre que quiera hacer trascender su pensamiento, sus escritos en toda clase de periódicos (no se casó nunca con ninguno en particular) en una verdadera guerra de guerrillas (pues apeló hasta a pequeñas hoyas pueblerinas o grandes diarios de provincia, como el de Yucatán) cuándo se le dificultó, por la dignidad de sus letras, publicar en los grandes diarios de la capital.

El mismo dejó trazado su retrato: “Doce años de mi vida consagré al servicio de mi patria. Cuatro como escritor político y ocho como hombre público. Este libro (estamos leyendo el prólogo a las Obras políticas del licenciado Blas Urrea, colección de artículos escritos de 1909 a 1912) es la recopilación de mi obra previa de escritor, donde están expresados los ideales y los principios por cuya realización habría de luchar más tarde en el terreno de los hechos. Y sin embargo, no es obra mía. Es una mera traducción de las ansias de libertad y de los sueños de redención de muchas generaciones de mexicanos que hablaban por mi boca. El único mérito que me alcanza es haber sabido interpretar y haber tenido el valor de decir lo que muchos sentían y anhelaban vagamente en la época en que yo escribía. Como toda obra de vaticinio, su procedimiento de formación consistió en abrir francamente mi alma al sufrimiento de mis compatriotas y mis oídos a sus quejas. La forma, el método, el lenguaje, la retórica, el estilo, las palabras en fin: eso fue lo que yo puse. Las ideas, los sentimientos, las indignaciones, las esperanzas, la fe: eso era de ellos. Yo no tuve que hacer otro esfuerzo que el de sinceridad y honradez al dar forma a sus deseos traduciendo leal y fielmente lo que la voz del pueblo me dictaba, voz que pude oír y entender, porque

afortunadamente la humildad de mi cuna me había permitido vivir en mi juventud la verdadera vida de nuestras clases bajas”.

Salvador Nava “la hora de todos”

Un tono por completo distinto adquirirá el periodismo de Salvador Nova, cuya obra, según la define en este punto José Emilio Pacheco, es “la de un gran prosista que se revela. .. como uno de los mejores periodistas políticos que ha tenido México y también como el creador y aclimatador del periodismo moderno entre nosotros”. Novo se inició en esa tarea en 1937 a invitación de los Llergo (don Regino y don José), para la revista Hoy. El mismo Pacheco explica: “Adquirido el compromiso, La semana pasada empezó a aparecer con su estilo conciso, cortante, venenoso, despiadado. Creaba palabras -novocablos- acuñaba expresiones, clavaba insectos con alfileres. Y asombraba a los lectores por el conocimiento íntimo de las víctimas que aquel anónimo cronista desnudaba, exhibía, documentaba, fichaba. Para México, donde todavía entonces flotaban las gasas del que había condescendido a hacer todos los muertos `grandes` de la literatura, era ésta una nueva forma de vívido periodismo. Pronto prendió: en la conquista de muchos lectores para el Hoy, y en el contagio de muchos jóvenes reporteros que empezaron a imitar el estilo de La semana pasada.”

Esa columna, cito de nuevo a Pacheco, “no disimula su hostilidad ante el cardenismo y cada siete días hace desfilar por sus columnas a las grandes figuras. Es como en Quevedo, `la hora de todos`: nadie escapa de verse en tales páginas. Pocos son aplaudidos, a los más se les escarnece con la impiedad y el humor sarcástico que habitualmente se reservan para el diálogo de café o la inscripción furtiva sobre un muro. La semana pasada se publica sin firma. Pero la columna anónima en nuestro periodismo es el modo más efectivo para propagar el nombre de su redactor. Al poco tiempo de su primera inserción todos saben -porque nadie sino él podría escribirla- que esa columna la hace Salvador Novo”.

Cosía Villegas: al calor de la crisis

Llegamos al último de los muertos de este recuento. Iniciado en la escritura como periodista, cuando era un muchacho en los primeros veinte de nuestro siglo, Daniel Cosío Villegas trazó el círculo vital de su existencia terminando sus días como escritor político en periódicos, después de haber sido abogado, diplomático, sociólogo, miniaturista, economista y sobre todo, con el término que ha popularizado Enrique Krauze, empresario cultural. Este mismo autor presenta a don Daniel: “El 16 de agosto de 1968, en pleno movimiento estudiantil, a unas semanas de haber cumplido sus setenta años y haberse divorciado del gobierno, Cosío Villegas estrenó su nueva casaca de periodista político”. Venía precedido de un gran prestigio en la academia. Su monumental Historia moderna de México probó a todo el mundo que la inconstancia y la laboriosidad no eran condenas faltamente aplicables a los mexicanos. Es otra vez Krauze el que describe, ahora el estilo personal de criticar de Cosío: “Como todos los géneros, el de la página editorial impone sus reglas: los editorialistas en México suelen ser solemnes, impersonales, moralistas. Cosío empezó a escribir de otro modo. Su

columna tenía, a un tiempo, solidez y agilidad. Teorizaba, no generalizaba, y casi nunca omitía referencias a personas y personajes. Pero su mayor virtud fue el equilibrio”.

Al leer cualquiera de los más de doscientos artículos que escribió intermitentemente en más de siete años, necesariamente se evocaba el ensayo clásico de don Daniel, La crisis de México, de 1946, del que es párrafo característico:

“El movimiento obrero mexicano ha llegado a descansar de un modo tan completo en la protección y apoyo oficiales, que se ha convertido en un mero apéndice del gobierno, “ al que sigue en todos sus pasos, lo mismo los buenos que los dudosos y los francamente condenables. En rigor, es apenas instrumento gubernamental y no tienen otro papel que el de servir al gobierno de coro laudatorio. Este maridaje ha sido perjudicial a ambos cónyuges: al gobierno le ha impedido resolver problemas de tanta importancia para la economía del país como el de los ferrocarriles y el petróleo, problemas cuya solución, por otra parte, le hubieran dado ese prestigio y esa autoridad de que tanto necesita; ha envilecido y degradado a la organización obrera y, peor todavía, la ha condenado a desaparecer o a pulverizarse en el instante mismo en que no cuenta con el beneplácito oficial, sin que puedan dejar otro recuerdo que el triste papel de bravucón oficial que en vida desempeñó.”

Las horas que limando van los días

De este modo, a grandes trancos, llegamos a los días que corren. ¿Qué es, hoy, de los escritores políticos en la prensa? ¿Cuál es el medio en que hacen su trabajo, cuáles las dificultades que deben enfrentar, cuál la calidad, la necesidad y la trascendencia de su tarea?

Digamos, para empezar a contestar, que los días de que somos testigos nos permiten vivir una prolongación de las tradiciones de ayer, cuyos jalones principales quedaron anotados antes, con los procedimientos nuevos impuestos por las circunstancias políticas, sociales y periodísticas de hoy. A aquella inserción del pasado rescatable y valioso en nuestro tiempo pertenecen, por ejemplo, Francisco Martínez de la Vega y Alejandro Gómez Arias. Este, como Cosío Villegas, pero aún entre nosotros, volvió a la vida pública, como escritor, al calor de los acontecimientos de 1968, y sigue allí, con la gallardía del dirigente universitario, del líder vasconcelista de 1929, sin oler sin embargo a rancio. Antes bien, la frescura de su lenguaje así a veces se componga conforme a usos hoy en desuso, es más vital que el de muchos ganapanes que tienen menos edad cronológica y se dedican, en el tono menor que les permite su condición interior, a lo mismo.

Don Paco Martínez de la Vega cumplió, en diciembre de 1980, cincuenta años de periodista. Se congregaron en su torno, para celebrarlo, gente de las más variada ralea, porque su paso por la sociedad mexicana, donde ha dejado huellas de prestancia cívica, de eficacia política, de alto decoro profesional, ha sido múltiple. Como muchos de los mejores a quienes pasamos revista, Martínez de la Vega fue político activo, primero en la oposición henriquista (aunque antes había tenido el privilegio, que lo es para alguien capaz de apreciar al personaje en la rotundidad en que encarna uno de nuestros peores vicios, de Gonzalo N. Santos, gobernador de San Luis Potosí), hizo

después política desde dentro del sistema, como diputado priísta y remplazante, corrido el tiempo, de su antiguo jefe, el Alazán Tostado. Su prosa adquirió para siempre perfiles alegres, acaso ganados de los tiempos en que reseñaba, cronista deportivo, los partidos de fútbol, mucho antes, por supuesto de que éste se convirtiera en tema de combates nacionales y mucho menos pretexto ruin para envilecer mediante el alcoholismo mercenario a la población.

Plenamente de hoy, aparece en los diarios y revistas de nuestro aquí y ahora un puñado de periodistas cortado por distinta tijera. Responden a las tradiciones éticas que fueron el denominador común de todos los reseñados aquí a vuelamáquina, cualquiera que haya sido su orientación ideológica. Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Manuel Buendía, Ricardo Garibay, Héctor Aguilar Camín, Rodolfo Peña, son algunos ejemplos, por fortuna parte de una lista alargable, de los practicantes notorios del periodismo político. Han diversificado sus instrumentos. Aunque los tres últimos emplean habitualmente la forma tradicional del artículo, lo alimentan con recursos procedentes de otras formas literarias y de otros géneros periodísticos, resultado de que escriban historia o ficción literaria o guiones cinematográficos. Buendía exhibe un estilo conciso, con frecuencia humoroso, aunque a veces amargo, con la velocidad con que el áspid dispara su lanceta. Elena y Monsiváis, ella en la entrevista y el profile, forma del new journalism (con lo que rendimos implacable tributo a la colonización de nuestro oficio) y él en la crónica, han traído al campo de lo político nuevos géneros reservados antaño para otras materias.

Hoy la prensa como institución social ha dejado el campo, casi por entero, a la industria periodística, una actividad económica que se rige por las leyes del mercado de un sistema de producción matizado “en extremo por un sistema político de presidencialismo exacerbado y un partido muy dominante y una sociedad donde la nota más hiriente es la extrema desigualdad. En ese medio hacen periodistas como los mencionados su trabajo, empeñados todos en transformarlo. No se hacen ilusiones. Saben que, cuando más, su tarea es una entre las muchas que deben cumplirse para esa mutación de la sociedad. Pero no dejan de hacerla cada día. Ellos hacen lo suyo. Que otros lo hagan también.

Paz, Octavio (1914-), poeta y ensayista mexicano nacido en Mixcoac.

Primeros años

Pasó su niñez en la biblioteca de su abuelo, Ireneo Paz. A los 17 años fundó la revista Barandal. En 1933 publicó su primer libro, Barandal también y fundó Cuadernos del Valle de México. Lector atento de la revista Contemporáneos, conoció a poetas modernos, como T. S. Eliot y Paul Valéry. En 1937 marchó a Yucatán a dar clases en el campo, y poco después se casó con Elena Garra, con quien asistió ese mismo año al Congreso de Escritores Antifascistas en Valencia (España). Ahí publicó Bajo tu clara sombra (1937), y entró en contacto con los intelectuales de la República Española y con Pablo Neruda.

Ya de regreso en México se acercó a Jorge Cuesta y Xavier Villaurrutia y publicó ¡No pasarán! y Raíz de hombre. Con Efraín Huerta y Rafael Solana, entre otros, fundó la revista Taller en 1938, en la que participaron los escritores españoles de su generación exiliados en México. En 1939 publicó A la orilla del mundo y Noche de resurrecciones. En 1942, a instancias de José Bergamín, dio una conferencia, "Poesía de soledad, poesía de comunión", en la que establecía su diferencia con la generación anterior, y trataba de conciliar en una sola voz las poéticas de Xavier Villaurrutia y Pablo Neruda. En 1944 con la beca Guggenheim pasó un año en Estados Unidos. En 1945 entró al Servicio Exterior Mexicano y fue enviado a París. A través del poeta surrealista Benjamín Péret conoció a André Breton. Se hizo amigo de Albert Camus y otros intelectuales europeos e hispanoamericanos del París de la posguerra. Esta estancia definirá con precisión sus posiciones culturales y políticas; se alejó del marxismo y se acercó al surrealismo, empezando a interesarse por los temas más diversos.

Elaboración de su poética

Durante la década de 1950 publicó cuatro libros fundamentales: El laberinto de la soledad (1950) retrato personal en el espejo de la sociedad mexicana; El arco y la lira (1956), su esfuerzo más riguroso por elaborar una poética; ¿Águila o sol?, libro de prosa de influencia surrealista; y Libertad bajo palabra. Este último incluye el primero de sus poemas largos, Piedra de sol, una de las grandes construcciones de la modernidad hispanoamericana. En 1951 viajó a la India y en 1952 a Japón, sitios que lo marcarán. Regresó a México en 1953 donde hasta 1959 desarrolló una intensa labor literaria.

En 1960 regresó a París y en 1962 volvió a la India, como funcionario de la embajada de México. Conoció a Marie José Tramini, con quien se casó en 1964. Publicó los libros de poemas Salamandra (1961), anterior a su viaje a la India, y Ladera este, que recoge su producción en ese país, y que incluye su segundo poema largo, Blanco. En 1963 obtuvo el Gran Premio Internacional de Poesía. Publicó los libros de ensayo Cuadrivio en 1965, cuatro ensayos sobre Luis Cernuda, Fernando Pessoa, Ramón López Velarde y Rubén Darío; Puertas al campo en 1966 y Corriente alterna, en 1967. Todos estos libros muestran el crisol de sus intereses: la poesía experimental y la antropología, Japón y la India, el arte mesoamericano, la política y el estado contemporáneos. En 1968 renunció a su puesto de embajador en la India debido a los asesinatos cometidos por el Gobierno de México, el 2 de octubre de ese año, cuando cargó el Ejército contra manifestantes universitarios, y en 1971 fundó en México la

revista Plural, en la que colaboraron algunos de los escritores más importantes de la generación posterior.

Ese año publicó *El mono gramático*, poema en prosa en el que se funden reflexiones filosóficas, poéticas y amorosas, y en 1974 *Los hijos del limo*, recapitulación de la poesía moderna; en 1975, *Pasado en claro*, otro de sus grandes poemas largos, recogido al año siguiente en *Vuelta*, libro con el que obtuvo el Premio de la Crítica en España.

Reconocimiento universal

En 1977 dejó Plural e inició la revista *Vuelta* de la que hasta la fecha sigue siendo director. *El ogro filantrópico*, continuación de sus reflexiones políticas, se publica en 1979, y dos años después obtiene el Premio Cervantes. En 1982 se editó *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, retrato de la monja mexicana y la sociedad mexicana del siglo XVII; en 1987, *Árbol adentro*, último volumen de poesía. En 1990 se le concedió el Premio Nobel de Literatura, y publicó *La otra voz y Poesía de fin de siglo*, que recoge sus últimas reflexiones sobre el fenómeno poético. En 1993, *La llama doble y Amor y erotismo*, y en 1995 *Vislumbres de la India*. De una personalidad exigente y exigida, su escritura ha sabido recoger distintas tradiciones e hilar variados intereses en una sola voz y una herencia plural. Además de sus poemas, ha buscado en otras áreas de la cultura coincidencias y cercanías que alimenten su obra y abran espacios para la comprensión del mundo. Si su poesía viaja del vacío del yo a la plenitud del mundo y el amor, sus ensayos son un mosaico de reflexiones puntuales sobre los aspectos más diversos de nuestra época.

Zea, Leopoldo (1912-), filósofo mexicano. Nacido en Ciudad de México, fue profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México de la que ha sido sucesivamente director de la Facultad de Filosofía y Letras (1966), director de Difusión Cultural (1970) y director del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (1982). A partir de 1986 dirige la prestigiosa revista Cuadernos Americanos. Influido por la obra de José Gaos, Zea ha realizado importantes contribuciones a la historia del pensamiento en México y América Latina y ha influido, a su vez, de forma notable en la fundación y las tareas del grupo Hiperión a partir de 1952. Según Zea, es necesario que la actividad filosófica tome conciencia de su propia situación histórica. En este sentido, señala la relevancia que deben tener la unidad entre teoría y práctica en la tradición del pensamiento latinoamericano (La filosofía americana como filosofía sin más, 1969). Zea ha dedicado importantes estudios al análisis del lugar que debe ocupar el continente latinoamericano en el panorama intelectual de accidente (Esquema para una historia de las ideas en Ibero-América, 1956), así como destacadas contribuciones a la filosofía de la historia.

Se puede recordar, entre otras obras, El positivismo de México (1943), En torno a una filosofía americana (1947), América como conciencia (1953), América en la conciencia de Europa (1955), Latinoamérica y el mundo (1960), Latinoamérica o emancipación y neocolonialismo (1971).



BIOGRAFÍA DE MANUEL BUENDÍA

(1926-1984)

Por Ornar Raúl Martínez

Manuel Buendía Tellezgirón nació en Zitácuaro, Michoacán, el 24 de mayo de 1926. Fue el tercer hijo de José Buendía Gálvez, oriundo de Chimalhuacán, Estado de México, y Josefina Tellezgirón Tinoco, del Distrito Federal, quienes recién casados se trasladaron a Zitácuaro.

Manuel cursó la primaria en un colegio de monjas ubicado frente al antiguo Teatro Juárez de Zitácuaro. Doña Josefina quería que fuera sacerdote y al concluir la primaria, a los 12 años de edad, fue enviado a Morelia e inscrito en el Seminario Menor, donde permaneció tres años. En esa época, en 1941, descubre su vocación periodística y empieza a colaborar en la revista La Nación del Partido Acción Nacional.

Al morir su madre el 21 de junio de 1941, Manuel deja el Seminario y regresa a Zitácuaro. Dos años antes había fallecido su hermano José víctima de diabetes juvenil y en 1943, muere su hermano Roberto en un accidente de motocicleta.

Ya en Zitácuaro, Manuel da clases en una escuela primaria durante dos años. En 1943 marcha a la Ciudad de México e ingresa becado al Instituto Patria, escuela de jesuitas, en la que es discriminado debido a su precaria situación económica.

Una vez terminada la preparatoria, se inscribe en la Escuela Libre de Derecho, pero deja los estudios por dos motivos: su enfado ante el ambiente escolar y la trágica muerte de su padre a manos de unos malvivientes en Zitácuaro, el 15 de enero de 1945. Manuel se hizo cargo de la familia.

En la Ciudad de México, Manuel retorna su vocación periodística y busca acomodo nuevamente en la revista La Nación, órgano informativo del PAN, partido con el cual en un principio simpatiza y del que se alejarla andando el tiempo.

Permanece ahí de 1949 a 1953. En La Nación, se enamora de la secretaria de la revista, Dolores Abalos Lebrija, con quien se casa el 29 de enero de 1955.

Dos años antes, en 1953, Manuel había sido contratado como reportero de guardia en el diario La Prensa. Pronto ingresó a la cooperativa y desarrolló en la fuente policiaca sus dotes reporteriles, que lo llevaron en poco tiempo a cubrir las secretarías de Gobernación y de Relaciones Exteriores, y después las actividades del presidente Adolfo Ruiz Cortines.

En 1958 inicia en La Prensa la columna "Red Privada", que firma con el seudónimo de Héctor Juvenal. En tal rotativo ocupa varios cargos, entre ellos el de Presidente del Consejo de Administración, y el 4 de enero de 1960 es nombrado director del diario, función que ejerce hasta julio de 1963, en que es expulsado de la cooperativa con otros compañeros a consecuencia de un conflicto interno. Con Buendía como director, La Prensa se transforma y amplía su presencia.

Al dejar La Prensa, edita --hasta el 30 de agosto de 1964-- Crucero "Semana de actualidad mexicana y mundial" con el apoyo de la cooperativa de El Día. En aquel semanario publica las columnas "Concierto Dominical", que firma como D.I. Ogenes y "Para control de usted", sin firma.

En 1965 es nombrado asesor de relaciones públicas y prensa en la Comisión Federal de Electricidad (CFE) con Guillermo Martínez Domínguez, cargo que ocupa hasta 1970. Su visión de lo que debía ser una oficina de comunicación lo lleva, entre otras cosas, a crear la Revista CFE y a organizar la editorial de la empresa.

Buendía establece las bases para que la oficina de comunicación no se circunscriba a la emisión de boletines, y la convierte en un "instrumento indispensable para vincular al pueblo con las acciones del gobierno".

Por esas fechas reanuda sus colaboraciones en El Día con la firma J.M. Tellezgirón. desde el 21 de enero de 1966, entre semana publica la columna "Para control de usted", y desde el 2 de julio de 1972 aparece "Concierto Dominical" que después rebautiza como "Concierto Político".

El 1 de enero de 1971, Buendía ocupa la Dirección de Prensa y Relaciones Públicas del Departamento del Distrito Federal con el regente Alfonso Martínez Domínguez, y renuncia el 13 de junio del mismo año a raíz de la matanza de estudiantes normalistas.

De 1972 a 1973 es asesor de Guillermo Martínez Domínguez, titular de la Nacional Financiera. Ahí traba amistad con Gerardo Bueno Zirión quien, al ser designado director del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, propone a Manuel ocupar la dirección de Prensa y Relaciones Públicas de esa institución el 20 de agosto de 1973. En el Conacyt, Buendía aplica toda su experiencia a la divulgación científica, actividad entonces virgen en el país. Despliega una estrategia no sólo para informar sobre los avances en materia de ciencia y tecnología, sino para crear entre la opinión pública una base de apoyo a esas actividades.

Durante su gestión -del 20 de agosto de 1973 al 30 de noviembre de 1976--, el Consejo publicó diez libros y más de 130 folletos con temas científicos y tecnológicos, editó las revistas especializadas Ciencia y Desarrollo y Comunidad Conacyt y Conexión; e inició en El Día una de las primeras secciones de ciencia y tecnología, entre otras tareas.

La primera vocación de Buendía fue la docencia, y nunca la perdió. De 1952 a 1967 fue profesor de tiempo completo en la escuela de periodismo "Carlos Septién García", en donde impartió la materia de redacción periodística. Entre 1967 y 1970 dio seminarios sobre el mismo tema, y entre 1971 y 1972 dictó una conferencia semanal.

En 1973, el director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Enrique González Casanova, lo invitó a dar clases como profesor de asignatura, tarea que cumplió hasta su muerte en 1984. Impartió redacción y oficinas de prensa.

En diciembre de 1976 Buendía renuncia al Conacyt y decide ser columnista de tiempo completo. Deja de publicar "Para Control de Usted." en El Día y el 3 de enero del año siguiente reaparece "Red Privada" en los 23 "Soles" de la Organización Editorial Mexicana, antigua Cadena García Valseca.

El 17 de agosto de 1978 suspende sus colaboraciones en los "Soles" debido a problemas de censura y se traslada a El Universal, en donde publica del 28 de agosto al 1 de diciembre del mismo año cuando nuevamente lo alcanza la censura. En ese mismo mes recibe la hospitalidad de Excelsior y al mismo tiempo la Agencia Mexicana de Información (AMI), que dirige José Luis Becerra, distribuye "Red Privada" a 40 diarios de todo el país.

Buendía es ya el columnista más leído e influyente. Su participación en televisión --canales 11 y 13-- y en radio, sus colaboraciones especiales en publicaciones del exterior, la distribución de algunas de sus columnas en el extranjero por la agencia Inter-Press, su condición de experto a consultar por la prensa foránea, su presencia multiplicada en foros, conferencias y encuentros, y la publicación de sus dos primeros libros --Red Privada y La CIA en México--, lo van consolidando como el más sobresaliente periodista mexicano de la segunda mitad del siglo.

El valor de su figura en el ámbito del periodismo mexicano se confirmarla el 30 de mayo de 1984, cuando un sicario lo ultimó por la espalda para cerrar el foro en que se había convertido su columna "Red Privada".

Su voz quiso ser acallada... y se volvió permanente.

MANUEL BUENDIA: LA LUCHA CONTRA LOS “PODERES INVISIBLES”

Carlos Monsiváis

Conocí a Manuel Buendía poco tiempo después de su salida del Departamento Central, donde fue jefe de prensa del regente Alfonso Martínez Domínguez. Iván, que nos presentó, me previno: “Este hombre es peligroso. Oye lo que le dices.” Desde luego, la actitud de Manuel era por lo menos desacostumbrada en un medio donde la cortesía exige la sordera: él oía y, por lo mismo, fomentaba de veras una conversación, no un intercambio de monólogos o un collage de ocurrencias y datos. Yo iba prejuiciado en contra (la condición de excolaborador de Martínez Domínguez) y a favor (la calidad del antiguo reportero policial de La Prensa). La comida transcurrió previsiblemente, entre nombres, juicios, opiniones contundentes y anécdotas que creaban la atmósfera de trato, y de paso situaban al interlocutor. Mi primera impresión resultó duradera: el centro de la actividad social de Manuel era el ejercicio continuado de su profesión, él era periodista porque acumular, organizar críticamente, discernir y divulgar la información era su tarea esencial. El ordenaba su vida a través de su oficio, y eso le permitió una coherencia insólita.

Si mal no recuerdo (y no recuerdo mal, una equivocación en un artículo sobre Manuel es infidencia amistosa) en la época en que empecé a frecuentarlo, Buendía trabajaba en CONACYT y publicaba en El Día, firmada por J. M. Tellezgirón, una columna muy eficaz, así careciese todavía del elemento que distinguió a sus últimos años de periodista: la certeza de ser ampliamente leído, lo que le disminuía las dudas sobre la utilidad de los francotiradores y le agregaba a los escritos una convicción muy infrecuente. Pero ya en El Día, Manuel estaba seguro de su método expositivo, de sus técnicas de investigación y de sus temas: las amenazas a su soberanía nacional; la incongruencia entre actos y palabras que acentúa la ineficacia de los políticos y solidifica la despolitización, la intolerancia de la extrema derecha que es el oscuro pasado fanático que aprovecha y encauza la avidez empresarial. Manuel creía tanto en la vigencia de sus temas que nunca los consideró suficientemente vistos. En contra de la práctica según la cual desplegaba sus obsesiones hasta convertirlas en panoramas inteligibles e imprescindibles. La mejor prueba de lo anterior: las recopilaciones La CIA en México y La Ultraderecha en México.

Nada se pierde, todo se transforma

Aunque, a diferencia de otros amigos conspicuos el sentido de cuya vida es su reelaboración en monólogos, Manuel no era de modo alguno “autobiográfico”; pronto me enteré de su proceso formativo: seminarista en Michoacán, joven pronto me enteré de su proceso formativo: seminarista en Michoacán, joven militante del Partido Acción Nacional, redactor de la revista del PAN La Nación, reportero policial. De esas primeras décadas, Manuel incorporó a su tarea elementos definidos: el sentido del idioma obtenido en las postrimerías de la formación eclesiástica tradicional; el sentido de la pesquisa del reportero policial que en el campo de las motivaciones cree más en la ambición de dinero que en la psicopatología, y en el soborno que en la inocencia súbita; el conocimiento desde dentro de la mentalidad conservadora y sus desprendimientos fanáticos. El ámbito de la política mexicana que conoció bien desde su paso por la dirección de La Prensa y de un diario efímero, le permitió integrar su visión de conjunto

de la realidad del país, pero no le añadió esas dos “enfermedades profesionales”: el cinismo y el cultivado desencanto.

Pese a los significados de su experiencia, nunca vi a Manuel “de-vuelta-de-todas-las-cosas”. Según Stendhal, un hombre apasionado rara vez es ingenioso. Buendía conjuntó siempre el ingenio con la pasión, y gracias a eso, incluso en medios corruptos mantuvo y acrecentó sus lealtades nacionalistas y populares. Granados Chapa ha subrayado su índole patriótica, y eso es tanto más importante cuanto que se dio al lado del gangsterismo periodístico, del autoritarismo estatal, del saqueo y el fraude, del olvido de cualquier propósito nacionalista. Manuel -y en esto era a la vez anacrónico y precursor del cambio de mentalidad- creía en la regeneración social como parte de la misión del periodista, y por eso no le incomodaron las pequeñas concesiones que le garantizaban su espacio vital. Él necesitaba ser oído y leído porque estaba consciente del modo en que servía al interés público; por eso mismo, al irse percatando de la respuesta múltiple de los lectores, su intransigencia creció. Si jamás aceptó las grandes concesiones, al final de su vida se resistía incluso a las pequeñas. El suyo fue un desarrollo moral y gremial a la vista de todos.

Tiene la palabra el Señor Presidente del Ateneo

De nuestras pláticas y del deseo de corresponder a la solemnidad política mexicana con un organismo reverencial ad hoc, surgió la agrupación informal de periodistas que, por razones de eufonía y de amor al concepto “Patria chica”, llamamos Ateneo de Anganguero. Iván Restrepo fue el coordinador imprescindible y Buendía el gran impulsor: él convocaba a las grandes figuras relevantes (que sólo excepcionalmente lo son), él preparaba el ánimo distendido y él, transcurrida la cordialidad ritual, formulaba las preguntas demoledoras. En un grupo de profesionales de la información, Manuel descollaba. Datos precisos, lecturas exhaustivas, perspectiva crítica. Si, en ocasiones, la deformación del oficio lo llevaba a imaginar ruinas y fosos en donde sólo había gajos de la epopeya gubernamental o empresarial, era por lo común atinado y ecuánime. No se exaltaba, no se deprimía, nunca renunció a los privilegios de una visión despojada del emocionalismo.

Durante ocho años contemplé a Manuel en las comidas del Ateneo y fui entendiendo del modo gradual el significado de su nacionalismo, tan parecido al de los otros “ateneístas” : Paco Martínez de la Vega, Alejandro Gómez Arias, Iván Restrepo, Margo Su, Elena Poniatowska, Miguel Ángel Granados Chapa, Héctor

Aguilar Camín... y sin embargo, tan específico. El tono distinguido de Manuel dependía de su sentido de urgencia, de la sensación presente en cada artículo y en cada conversación de que para él escribir o investigar era literalmente correr riesgos, y que por lo mismo, hacer periodismo era vivir intensa y peligrosamente, involucrado en la aventura que es responsabilidad cívica, en la “fascinación por el abismo” que es también el compromiso con la colectividad que cada lector representa.

“Vivir peligrosamente”

Desde el asesinato, se ha repetido su afirmación profética: “A mí me matarán por la espalda”, y se ha comentado su gusto por las armas, su coexistir con la posibilidad de un fin trágico. Detrás de esa -para nosotros- desmesura, radicaron una convicción y

un gesto únicos. De alguna manera, él creía que en momentos de crisis y de perpetua amenaza de la estabilidad social, el periodismo más vital le exigía riesgos a sus practicantes. Su patriotismo se configuraba gracias a una certidumbre: es tan grave lo que ocurre que su dimensión justa exige sellar la veracidad de la información con los peligros para el informante. Esas son las demandas de la credibilidad.

Por lo mismo, Manuel detestaba la bravuconería. Cuando le pregunté por qué había solicitado protección especial durante un viaje a Guadalajara, me dijo: “Más vale que digan aquí corrió que no aquí murió”. Pero su fobia ante las poses heroicas se complementaba con el conocimiento de la atmósfera opresiva del país, que pulverizaba juicios y reacciones y convertía las noticias más terríficas en chismes placenteros. Ante el marasmo, él oponía su estrategia: conducir la denuncia a sus consecuencias más personales, especificar las acusaciones y respaldar cada afirmación con la indiferencia ante las posibles represalias. De seguro, él se ratificaba en su código periodístico cada vez que uno de nosotros lo abordaba, estremecida y admirativamente: “¡Que bárbaro, Manuel! ¿No te da miedo lo que publicas?”.

Seguí a Manuel en su trayectoria: de El Día a El Sol de México a El Universal a Excélsior a la publicación de su columna en cincuenta diarios del país. Cinco veces a la semana denuncias, precisiones, censuras, revisiones “paisajísticas” de hechos que se pensaban concluidos. Con arrojo, y sin considerarse héroe por un instante, Manuel asumió la responsabilidad de todo un gremio, y eso lo hizo ejemplar e irrepetible. (Repartir los riesgos es asegurar el crecimiento de la sociedad civil.) Sus temas, sobre todo a partir de 1980, se fueron unificando. La corrupción gubernamental, sindical y de la iniciativa privada; el manejo del país como cocina de secretos; las intromisiones del imperialismo norteamericano; la irrisión que hace las veces de “discurso del poder”; la construcción criminal de un Estado alternativo a nombre de Dios, las tradiciones y la identidad religiosa del mexicano; los atropellos a los derechos civiles; el chauvinismo que se disfraza de “política de seguridad nacional”. Una idea rectora preside la suma de las indagaciones y preocupaciones de Buendía: sin un periodismo crítico y de alcance nacional no se garantizará el ejercicio de los derechos elementales; si la nación nos concierne a todos es imprescindible democratizar los datos y los conocimientos fundamentales sobre su desenvolvimiento. Lo anterior se traducía para Manuel en la desaparición del Misterio como recurso clave de la política y de la economía. Para él, la República lo sería cabalmente cuando cada ciudadano, al ejercer el derecho a la información, comprendiese el sentido de las acciones del gobierno. Lo contrario sería lo que estamos viviendo: un Estado que, cuando se digna, se comunica con los gobernados a través de las peripecias retóricas y las ordenanzas. Buendía lo supo: la desigualdad también se expresa a través de la desinformación.

A favor de las instituciones y en contra de quienes las dirigen

Nunca vi en Manuel a un periodista de oposición, aunque en cierto sentido lo fue tenaz y destacadamente. Si es posible apresar en términos ideológicos una acción tan compleja, Manuel fue, primero y en gran medida por rechazo a sus orígenes tan compleja, Manuel fue, primero y en gran medida por rechazo a sus orígenes políticos, un periodista liberal que se encauzó a la defensa de los hechos civiles y de los bienes colectivos manejados por el Estado. Él creía intensamente -y captar tal vehemencia es acercarse al sentido de su vida y de su muerte- en conceptos hoy

resbaladizos por el abuso demagógico: la República, el patriotismo, la responsabilidad civil, el patrimonio social. En el mejor sentido del término, su trabajo era el de un reformador, alguien que -de frente a los lectores y al poder demandar la rectificación de rumbos desastrosos, la clarificación de zonas brumosas, la verificación del diálogo siempre pospuesto entre gobernantes y gobernados. (En privado, incluso más que por escrito, uno de sus temas recurrentes era la política de comunicación del Estado, reducida por la ineptitud y la altanería al lucrativo forcejeo en torno a boletines de prensa o “imágenes positivas del Señor Licenciado”.) Manuel jamás se consideró “marxista” o de oposición extrema, mantuvo excelentes relaciones con algunos funcionarios (“el lado salvable”, según su juicio), y en más de una ocasión encomió causas oficiales que le parecían dignas. Pero en un medio que no acepta matices, y que le confiere a la prensa un papel ínfimo, Buendía resultó un opositor a ultranza, sobre todo por el contexto: la actitud de “todo o nada” de la burocracia política y el primitivismo profundo de la derecha.

A las intemperancias y rabiets de los funcionarios y a las amenazas constantes de la ultraderecha, Manuel respondió con humor. No se sentía “a salvo”, estaba seguro del motivo de su acción periodística y eso le permitió resistir sin amargarse y sin ceder a la tentación de la psicología de “profeta acosado” (cualquier otro hubiese pregonado su reciedumbre y su enfrentar a diario a la muerte). Lo que ostensiblemente le preocupaba era la torpeza o la ineficacia de los funcionarios, su falta de sensibilidad popular, su actitud de tecnócratas anteriores a la técnica. En las comidas del Ateneo, ante las soberbias inexactitudes de algún poderoso en turno, sorprendí más de una vez en Manuel una levísima irritación, inusitada en alguien tan dueño de sus controles. Lo exasperaba que un político desconociera su zona de trabajo específico y vela en la incompetencia un crimen de efectos comparables a los de la corrupción más drástica.

“Denuncias el hecho y como si la página hubiera salido en blanco”

El centro de la tarea de Manuel fue la develación de los “poderes invisibles”. Así dicho, quizá él no lo habría aceptado, pero es innegable que de su labor periodística se desprende una idea fija que es un axioma implícito: no es admisible que nos gobiernen y nos roben y nos traicionen fuerzas y situaciones de las que no tenemos pleno registro o a las que apenas intuimos. Esa fue, para ejemplificar con la más ostensible, su cruzada contra la intromisión de la CIA en México. Su antimperialismo era muy concreto y categórico. Históricamente, Estados Unidos ha sido el enemigo de México; hoy es la potencia que para mejor saquearnos maneja a discreción sus planes desestabilizadores.

Hacer visibles las conspiraciones de la CIA en territorio nacional. Divulgar la red de conjuras y sociedades secretas de la ultraderecha. Iluminar la sordidez de los fraudes y rapiñas presupuestales. Exhibir al gang homicida en la dirección de la policía metropolitana (Buendía fue el primero que acusó a la brigada Jaguar de los asesinatos de río Tula). Reconstruir la metamorfosis gracias a la cual un líder sindical se torna señor de horca y cuchillo. Documentar las estupideces que se imprimen como “buen sentido gubernamental”. Aclarar la ineficacia y el despojo de la iniciativa privada. Revelar. Propalar. Sacar a luz... A Manuel la existencia de “poderes invisibles” o de poderes cuya verdadera actividad se da entre penumbras, le resultaba incompatible con el desarrollo de la nación. En eso fue inflexible, y algunos de sus errores y la gran

mayoría de sus aciertos se originan en inflexible, y algunos de sus errores y la gran mayoría de sus aciertos se originan en ese dogma de su teoría del conocimiento que yo traduzco sucintamente: el poder que vemos es sólo una mínima parte del poder que padecemos; la ausencia de vida democrática nos hace víctimas de una conjura que es el otro nombre del Sistema.

En parte, en esta concepción de Manuel influía su pasado de reportero policial, acostumbrado a considerar toda relación humana como una trama de resultados imprevisibles. Tal vez por eso mismo, él fue uno de los primeros en captar la otra estructura del poder en México, que tan costosamente se nos reveló durante el sexenio de José López Portillo, la red de intrigas y turbiedades que, todavía hoy, sólo conocemos a través de un espejo, oscuramente. Manuel vislumbró, gracias a su frecuentación de las catacumbas policiacas y a sus canales informativos cuya precisión nos continúa admirando, algunos rasgos esenciales de la dirigencia estatal y empresarial, el método verdadero de la acumulación de fortunas, de la transformación del dinero en prestigio, del canje del prestigio y el dinero por la impunidad.

A Buendía, invariablemente, lo sorprendió la escasa o nula relación entre lo que se sabe de un acto delictuoso o de una ineptitud gubernamental probada y sus correspondientes castigos o enmiendas. A sus denuncias -gravísimas algunas- sucedía el silencio del gobierno. Eso no lo frustraba en lo personal, pero se lo irritaba la postergación del gremio: de acuerdo con las prácticas estatales nada de lo publicado dispone de valor jurídico o político. A los funcionarios no se les presiona ni con datos fehacientes (una demostración lateral: el año y medio que dilató la consignación de los responsables de los cadáveres del río Tula). Es sólo ahora, luego del miserable asesinato de Buendía, cuando sus denuncias adquieren un carácter irrefutable... para los lectores. Las autoridades se atienen a su dictum: el Estado no se entera de la realidad gracias al periodismo.

La última vez que lo vi, Manuel se mantenía en el filo de la navaja entre el entusiasmo y la exasperación. Profesionalmente, su reconocimiento era extraordinario, los estudiantes de la carrera de comunicación lo juzgaban modelo de honestidad, lucidez, precisión y humor, su columna era lo primero que se leía en la mañana, sus reportajes de investigación impedían cualquier fácil optimismo. En tanto ciudadano -dimensión primordial en él- Buendía sentía acerbamente la pérdida de dirección en el país, la vaporización de los elementos de solidaridad colectiva, el influjo de los descubrimientos de la corrupción sobre la psique nacional. Él, tan poco dado a las formulaciones abstractas, comentó: "Como que ahora sí el desánimo es el gran lazo de unión entre gobernantes y gobernados. Tan jodido el paisano como el paisaje". Y prosiguió hablando de la estolidez moral como la primera consecuencia de la crisis. En ese instante lo percibí -aunque lo verbalicé semanas después, en el abatimiento por su asesinato- como a un moralista a quien le habla costado mucho trabajo serlo sin complacencia ni facultad, alguien que había llegado relativamente tarde a la cabal certidumbre sobre el sentido de su trabajo y que, por lo mismo, confiaba apasionadamente en la dimensión civil de cada uno de sus artículos. Ni autoexaltación hazañosa ni conformismo: Buendía ocupaba el espacio de un profesional de la información.

En homenaje a su primera formación teológica, me lo quiero imaginar, canettivamente, como a un reportero febril en el Día del Juicio Final, listo para publicar noticias insospechadas, sobre el comportamiento de algunos protagonistas más conspicuos.

UN TESTAMENTO PERIODÍSTICO DE MANUEL BUENDÍA

José Emilio Pacheco

Discurso del estilo

El 21 de febrero de 1984, en un seminario sobre periodismo organizado por la Dirección General de Información y Relaciones Públicas de la SEP, Manuel Buendía habló acerca del estilo. Las balas que asesinaron por la espalda al gran periodista mexicano también hicieron más vital, más valiente, más necesaria cada página suya. Su muerte es la prueba trágica e irrefutable del poder de las palabras.

Lo que Buendía comentó en aquella ocasión estuvo dirigido a un grupo de jóvenes periodistas y estudiantes de periodismo. Es válido para todos al margen de su edad y sus años en el oficio. Constituye una gran parte del gran testamento que representa su obra en conjunto. Buendía entendió que nuestra catástrofe actual es también una crisis de lenguaje. Su autoridad en este campo no requiere ponderación: Manuel Buendía no hubiera llegado a ser lo que será siempre si no fuese también uno de los grandes prosistas mexicanos en este fin de siglo.

Excelente maestro y expositor oral, sin duda Buendía hubiera revisado la transcripción xerográfica antes de publicarla. Aquí sólo es posible ofrecer un resumen de un texto que representa su última palabra en torno a una de sus preocupaciones más evidentes y menos conocidas. Cuando se haga la indispensable recopilación de sus trabajos dispersos, aparecerá en su integridad esta conferencia la que no resulta exagerado llamar “discurso del estilo”.

Un grito de alarmá

Aquel 21 de febrero Antonio Rodríguez afirmó: “Baudelaire dijo que Daumier despertaba todos los días al pueblo de París con una sonrisa... Nuestro huésped de hoy despierta también todos los días, a los lectores de la prensa nacional, ávidos de conocer lo que pasa en el país y en el mundo, con algo más tenso que una sonrisa: con un grito de alarma. El revela, denuncia, critica, pone al descubierto lo que corroe la vida de la nación y perjudica los intereses del pueblo; pero no lo hace con la voz agria del amargado, sino con la conciencia tranquila de quien está cumpliendo un deber. Por eso la sonrisa forma parte de su lenguaje: es inherente a su personalidad y a su estilo, no comprenderíamos su columna sin el buen humor que la vuelve atractiva, de fácil lectura, elegante, aunque con cierta frecuencia hiriente... Manuel Buendía despierta al pueblo de México ayudándole a crear una conciencia cívica, con un lenguaje irradiado por la gracia que hace más contundente la verdad y la crítica”.

Al comienzo de su intervención, Buendía habló del periodismo como una actividad en que el aprendizaje no termina nunca. Un minuto antes de su muerte el verdadero periodista debiera estar preocupado por tener tiempo para comunicar lo que acaba de saber y aprender. Decía Chesterton que el periodista es el hombre que se quedó sin profesión. Traducido esto a nuestro lenguaje familiar, diríamos que somos aprendices de todo y oficiales de nada.

“Justo en el instante de proclamarnos dueños del saber y la perfección, se inicia la decadencia. Como ya somos perfectos, descuidamos la lectura, silenciamos la

autocrítica y desdeñamos la crítica externa, si es que alguna vez la admitimos sinceramente. Y entonces el lenguaje empieza a enmohecer; nos marginamos de las nuevas formas de expresión; nos quedamos a la zaga de los avances del periodismo que atañen a los redactores; dejamos que otros nos superen en aquellas especialidades en las que habíamos logrado destacar un poco; y, en fin, de pronto nos damos cuenta de que hemos perdido clientela, público, que ya casi nadie se acuerda de nosotros, y no importa si decimos o callamos...

“Se dice que los médicos no se preocupan mucho de sus errores porque los entierran. Pero los periodistas publicamos los nuestros. Aunque lo intentemos, no es posible esconder nuestra ineficacia. Si hoy escribimos mal, o siquiera un poco deficiente, mañana se publicará tal cual o quizá peor, cuando a nuestra imperfecta redacción se agreguen erratas de tipografía, para mayor vergüenza de nosotros ...”

(En la última “Red Privada” que alcanzó a ver impresa Buendía insistió en este obstáculo: “Es imposible llegar al fondo de una información periodística si no se saben sortear las fallas de puntuación, los solecismos, las faltas de ortografía que cambian el sentido de las palabras y, sobre todo, el problema que representa la pérdida de líneas enteras o la transposición de otras. Pero, después de todo, esto es lo que hace la lectura de los periódicos mexicanos mucho más emocionante”.) El periodismo como género literario

“Hay por supuesto unos periodistas mejores que otros -continuó-; pero sería más exacto decir que hay periodistas que estudian y trabajan más que otros. La diferencia no está, pues, en el vestir y en el andar. Lo que hace la diferencia es el esfuerzo que se ponga para alcanzar estos dos objetivos: la posesión real del idioma y el desarrollo de un estilo.”

Con base en sus veinticinco años de docencia, afirmó que la primera falla de muchos estudiantes consiste en no saber ortografía. Quien la ignora desconoce también la sintaxis. A partir de un artículo del propio Antonio Rodríguez, Buendía evocó a José Alvarado. Alvarado escribió bien por vocación (Pedro Ocampo Ramírez dice que era incapaz de escribir mal), pero asimismo gracias a un oficio al que consagró la mayor parte de sus desvelos y la más severa de sus disciplinas. Alvarado escribió bien por el alto respeto que le mereció el periodismo.

No es “barata artesanía sino un género literario cuyas exigencias, si cumplidas, crean belleza”. Un ejemplo de lo que puede ser el periodismo está en el artículo de Rodríguez por “la exactitud y galanura del lenguaje”, “la precisa construcción de las frases, no mecánica sino artística” y la forma en que palabras de uso común aparecen allí bajo una nueva luz. “Esta magia se llama estilo.”

“Releamos, pues, a José Alvarado; busquemos otra vez las viejas crónicas y artículos de Renato Leduc; analicemos a Martínez de la Vega, a Granados Chapa, artículos de Renato Leduc; analicemos a Martínez de la Vega, a Granados Chapa, a Poniatowska, a Carreño Cartón, Aguilar Camín, Angeles Mastretta, Reyes Razo, García Soler, Luis Gutiérrez, Monsiváis, Cristina Pacheco... Hagamos esto y sabremos lo que es estilo.”

Añadió el nombre de Enrique Ramírez y Ramírez, “uno de los mejores articulistas que he conocido”. Y halló características comunes en la diversidad de buenos estilos periodísticos: “Una de ellas es la antiolemonidad. Son solemnes los culteranos, los retóricos, los zafios y los impotentes. La solemnidad es un refugio para quienes pretenden esconder su incapacidad ante el desafío permanente del periodismo, que consiste en saber enfrentar las mayores complejidades - descripción o razonamiento- con un lenguaje fresco, ágil, sencillo, ameno y perfectamente capaz de crear belleza literaria.” En rigor, “el periodismo es un género que no cede en rango a ningún otro”.

La posesión del castellano

El periodismo podría definirse como literatura practicada bajo presión: las emociones, las circunstancias, la tiranía del reloj aumentan la dificultad de crear con el lenguaje los valores de la exactitud, la brillantez, la eficacia y aun el disfrute estético. Un escritor puede tomarse semanas, meses y hasta años para terminar una obra. Un periodista tiene que vérselas todos los días con sus apremios. De ahí que constituya un mérito la redacción simplemente correcta de una noticia o un reportaje y se alcance un estadio superior cuando el periodista, con la simple alquimia de su estilo, crea arte literario.

La otra característica que Buendía encontró en sus ejemplos es la sólida posesión del castellano: no incurrir en solecismos, no abusar del hipérbaton, aplicar las normas sobre el régimen de los verbos, no ponerse trampas con las anfibologías. Como la arquitectura, el estilo no es adorno ni exterioridad sino un resultado final que requiere una base sustentante.

La gramática es el sustento del estilo. Si no se aplican las reglas de sintaxis a la construcción de cada frase, no habrá estructura sobre la cual pueda edificarse el estilo. Nada se inventa: uno está siempre sujeto a normas básicas que son fuente de armonía y florecimiento del lenguaje.

Ni obra del azar ni factor hereditario, el estilo es resultado de una búsqueda personal, voluntaria, incesante. El brillo y la textura se pueden perder por descuido o indolencia, El estilo no se adquiere de una vez por todas: exige constante vigilancia, cuidado y pulimento.

La obligación y dicha de leer

Según Buendía, el paso fundamental para la adquisición de un estilo se halla en dos decisiones: rebelarse contra la mediocridad y logra formas personales de expresarse, sin miedo a las responsabilidades y esfuerzos que aguardan en el camino. La búsqueda comienza por un honrado examen de nuestros conocimientos gramaticales. No importan los años consumidos en el aprendizaje y en la práctica: jamás acabaremos de entender, nunca llegaremos a dominar totalmente las complejidades de nuestro idioma; “el más hermoso, pero uno de los más difíciles”.

Sean cuales fueren su edad y su experiencia, a nadie le viene mal meterse a un buen taller de redacción y, en primer término, multiplicar extraordinariamente sus lecturas. Una receta eficaz para no salir nunca de la mediocridad es leer poco: sólo un periódico al día, una revista a la semana, un libro cada tres meses. En cambio, la lectura abundante suele dar resultados tan generosos que hasta remedia la mala

ortografía. Ahora que la SEP y el FCE los han puesto al alcance de todos, no hay excusa para dejar de leer o releer a Arreola, Fuentes, Paz, Rulfo, Vasconcelos...

Debe ser deleitosa pero también crítica la lectura. Nada que llegue a nuestras manos ha de salir de ellas sin reflexión y análisis. La imitación es un camino sesgado y eficaz para construir el estilo. Hay que escoger bien nuestros modelos porque los malos modos de escribir se pegan como los cardos y, en cambio, las cualidades de los buenos escritores son difíciles de desentrañar y aprender y todavía más arduos de imitar. Una dosis controlada de imitación intencional sobre un estilo excelente puede servir de disparador al estilo propio. Buendía subrayó que no trataba de incitar al plagio, pero recordó la frase del poeta que, acusado de plagio, se defendió: "Tomo lo mío donde lo encuentro".

Redactar todo el día

La siguiente clave consiste en hacerse devotos cultivadores de la conversación, un magnífico ejercicio que se refleja en el arte de escribir. Nadie puede dar lo que no tiene: nadie será capaz de plasmar belleza literaria en las páginas de un libro o de un periódico si no se nutre constantemente con la abundancia verbal. La conversación, a diferencia de las charlas banales, afina y disciplina el léxico y lo enriquece con los destellos de otros estilos. El mejor conversador es siempre el que sabe escuchar.

Hay una última receta: "Manténgase redactando todo el día. Se puede redactar en sueños o durante las faenas del aseo personal. Cuando uno va prisionero en el taxi, el autobús o el Metro se pueden hacer preciosos ejercicios de redacción. En la pizarra de la imaginación se intentan descripciones de los objetos y personas que nos rodean: la gimnasia mental no tiene límites".

Buendía citó a James Thurber: "Nunca sé con seguridad cuando no estoy escribiendo. A veces en una fiesta mi mujer se me acerca y dice: "Thurber, para de escribir, maldita sea". Por lo general, me agarra a la mitad de un párrafo. O bien, cuando esta comiendo, mi hija levanta la vista de su plato y pregunta: "¿Papá está enfermo?" Y mi mujer le contesta: "No está escribiendo algo"."

"Aquí termina mi recetario -concluyó Manuel Buendía-. Si después de esto un redactor en busca de estilo no lo encuentra, será por cualquiera de estas dos causas: no servía ninguna de mis recetas, o él nació así, sin estilo. En este último caso, bastará que trate de redactar con básico respeto a las reglas de la gramática. Los lectores quedarán moderadamente agradecidos".

Retomemos su última frase para decirle: Adiós, Manuel Buendía. Tus lectores te estamos no moderada sino total y eternamente agradecidos. Supiste vivir y morir por nosotros. No te olvidaremos mientras tengamos vida.

UNA IMAGEN DE MANUEL BUENDÍA A 14 AÑOS DE SU MUERTE

*Omar Raúl Martínez**

Hace exactamente 14 años cayó abatido el periodista Manuel Buendía, Un sicario lo ultimó por la espalda aquel 30 de mayo de 1984 con el afán de evitar que divulgara los vínculos de un funcionario del gobierno con el narcotráfico.

En el momento de su asesinato, el autor de Red Privada era el columnista más respetado, leído e influyente de nuestro país.

El sello que distinguió a Buendía fue por su celo por la pesquisa y la eficacia de su prosa periodística. Y es que a parte de ser un buen escritor, como lo dijera el propio José Emilio Pacheco, jamás dejó de ser un reportero en el sentido más logrado del término: don Manuel Buendía no se dormía en sus laureles esperando la información que comentaría al día siguiente, sino que acudía al escenario de los hechos, entrevistaba a gente, y nutría y consultaba su rico archivo; es decir, trabajaba como un auténtico reportero para escribir Red Privada. Baste leer algunas de las compilaciones de sus columnas editadas por la Fundación que lleva su nombre para constatar lo exhaustivo de sus investigaciones y los vuelos de su estilo.

En sus escritos es posible advertir la certera construcción de sus estructuras gramaticales, donde palabras comunes adquieren nuevos matices y cuya capacidad expresiva es implacable. Incluso, hay también un enfoque en sus columnas que oscila entre la ironía y los juicios reflexivos, que juguetea con el humor y lo solemne del tema, que escudriña y cuestiona. En suma: se trata de textos en los que la calidad informativa se acompaña de riqueza lingüística, deliciosos giros gramaticales, análisis concienzudos del problema y buena puntería para explicar fenómenos de interés social.

Manuel Buendía quizás podría ser considerado uno de los primeros periodistas de investigación en México. Más que artículos o simples columnas, muchos de sus textos adquieren el perfil de documentados reportajes. No, pocos de ellos todavía resultan referencias obligadas por su vigencia: sus revelaciones en torno a la CIA en nuestro país, o sus cuestionamientos a los grupos conservadores y a la Iglesia, o sus críticas a importantes círculos empresariales, o sus fundamentadas denuncias de actos de corrupción en distintos sectores del gobierno.

“Las grandes denuncias de Manuel Buendía -expresa José Joaquín Blanco- fueron, las más de las veces, astutas exposiciones de hechos aderezados por aquí y por allá con comentarios sarcásticos de franca indignación. Pero al fin de cuentas, sus columnas se parecen más a novelas detectivescas que a sermones o denuncias rutinarias”.

El autor de Red Privada solía decir que esa faceta de detective periodístico que le adjudicaron no era resultado sino de un secreto muy suyo: el archivo. Junto con las fuentes vivas de información, el archivo significaba para él la diferencia entre un columnista de éxito y otro que apenas sobrevive. “El lector común -expresaba-, cuando puede, se acerca al columnista y le pregunta de dónde saca su información. Entonces el columnista sonríe enigmáticamente como Sherlock Holmes cuando decía:

* *Director de la Revista Mexicana de Comunicación, que edita la Fundación Manuel Buendía.*

“Elemental, my dear Watson”. Pero lo cierto es que a veces no hubo nada parecido al soplo de un Deep Throat, sino nada más el hallazgo de una información de aspecto nuevo que casi increíblemente se formó sólo en el archivo, cuando varias piezas en apariencia inconexas, de pronto se unieron y produjeron algo de extraordinario interés. Es como divertirse formando un sencillo rompecabezas. O ponerse a sumar dos más dos. Si dan cinco, ahí está la noticia”.

Trayectoria

En su camino profesional, Manuel Buendía recorrió los más diversos quehaceres que a la postre cimentaron y alimentaron su labor como columnista. En 1954 ocupa una plaza de reportero de guardia en La Prensa, diario donde cubre varias fuentes y va abriéndose paso hasta encaminarse a la dirección del mismo, cuando apenas cuenta con 34 años. Posteriormente dirigió un semanario (Crucero). Años después, luego de incursionar en la asesoría y jefatura de oficinas de prensa - rubro en el que, por cierto, hizo numerosas aportaciones a la incipiente teoría de entonces-, Buendía se integra a la docencia con la idea de nutrir a las nuevas generaciones de periodistas. De hecho, el periodismo y la docencia significaron sus dos profundas vocaciones, que alterno de tiempo completo prácticamente en los últimos 8 años de su vida. Es justo a partir de 1976 cuando comienza a desplegarse la mejor obra periodística de Buendía, que empieza a conquistar el interés de más lectores. Paralelamente, se hacen aún más inocultables el recelo y la preocupación de algunos políticos y funcionarios, de dueños de capital, de guías espirituales o eclesiásticos, de espías norteamericanos, entre otros tantos. Su prestigio, notoriedad e influencia crecen y, por ende, en 1977 se hace acreedor al Premio Nacional de Periodismo en el género de comentario político.

Como había sido costumbre en el columnismo, si Manuel Buendía hubiese querido ser complaciente con los poderosos, habría amasado una fortuna. Pero al final de su existencia rechazó grandes y pequeñas concesiones. A su familia -esposa y tres hijos- sólo legó su buen nombre y una casa modesta en la colonia Buenavista. En su opinión, el periodismo no da para enriquecerse ni ocupando los mejores cargos. “Periodista acaudalado -decía- casi siempre representará la posibilidad de un caso de enriquecimiento explicable sólo en función de ingresos turbios”. Lamentaba que el sistema concediera privilegios a ciertos periodistas a cambio de servirse de ellos y desertaran así de sus deberes sociales. “Para no pocos funcionarios -sostenía-, los periodistas somos un insoluble acertijo y jamás atinan a llevar el mejor tipo de relaciones con nosotros. Unos tratan de someternos; otros de ganarnos, y los más de corrompernos”.

Manuel Buendía sabía de los riesgos que implicaba tocar intereses delicados en su columna, pero los asumía con orgullo... y miedo. Pese a ello nunca se arredó. “Mi trabajo -expresó cierta vez- es muy parecido a la faena que realiza un torero: como él, yo me juego la vida cada día”.

Y así fue: su última faena reporteril la vivió el 30 de mayo de 1984.

Monsiváis, Carlos (1938-), escritor mexicano nacido en la ciudad de México. Desde muy joven, aparece colaborando en los más importantes suplementos culturales y revistas. Su amplísima cultura, su curiosidad universal, su eficaz escritura y su capacidad de síntesis le han permitido desentrañar los aspectos fundamentales de la vida cultural y política mexicana del pasado y del presente. Gran parte de su obra se ha publicado en periódicos o transmitido oralmente. Sus crónicas se han recopilado en libros, como Principios y potestades (1969); Días de guardar (1971), que trata sobre el movimiento estudiantil de 1968; Amor perdido (1976), sobre figuras míticas del cine, la canción popular, el sindicalismo, la militancia de izquierda, los políticos o la burguesía; Entrada libre, crónicas de la sociedad que se organiza (1987); Escenas de pudor y liviandad (1988), sobre la sociedad del espectáculo; Los rituales del caos (1995), ceremonias de la debacle ciudadana y política, y Nuevo catecismo de indios remisos (1982), su único texto narrativo hasta la fecha.

Yo debería estar muerto: Blancornelas

**Jesús Blancornelas, Director de! semanario mexicano Zeta, pronunció un emotivo discurso en Santafé de Bogotá el pasado 3 de mayo al recibir el Premio Mundial a la Libertad de Prensa Unesco-Guillermo Cano 1999 en la Biblioteca Luis Angel Arango. Con 63 años y varios reconocimientos internacionales por su labor de denuncia de las mafias del narcotráfico en su país, Blancornelas traza en el siguiente texto las líneas centrales de su ética periodística:*

Igual que don Guillermo Cano yo deberla estar muerto. Diez hombres me dispararon repartidos en cuatro posiciones para formar una emboscada. Primero apareció uno desde el lado contrario al chofer y atravesó su carro frente a nuestra camioneta para cerrarnos el paso.

Le vi la cara y a su pistola escupir con estruendo de relámpago las balas. Era una nueve milímetros. No la puedo olvidar. Por instinto, mí guardaespaldas que manejaba, primero metió reversa. Luego con su cuerpo me protegió y me lanzó al piso.

Mientras él recibió 38 impactos, a mi me alcanzaron cuatro. Terminada la balacera, conté los orificios de las balas en nuestro vehículo: 138 de entrada con su respectiva salida. Todas de calibre 9 milímetros o de AK-47. Hubo más que pegaron en paredes, ventanas y rejas de casas cercanas a la emboscada. Mí escolta y yo sabíamos que nos atacarían pero no cuando ni donde. Eramos y soy como venados en el campo o leones en la selva con la desventaja de no poder enterarnos cuando llegarán los cazadores.

Acurrucado en la parte delantera y baja, contraria al volante de la camioneta, no sé porque puse mi cabeza sobre el asiento y vi con claridad el pecho de mi guardaespaldas perforado en dos hileras como si las hubieran medido cuidadosamente en distancia y anchura. No sentí cuando dos balas abrieron otros tantos pequeños orificios en mi mano derecha. Pero no me quitaron la fuerza para tomar el radio portátil y comunicar a mi esposa en casa, y a mis compañeros en el semanario, que nos estaban balaceando y di la posición.

Empecé a rezar en voz alta: "Dios mío en tus manos pongo mi espíritu y el de toda mi familia. Cuídalos". Lo repetí no sé cuantas veces.

Entonces sentí como si me golpearan muy fuerte en las caderas. Como si lo hubieran hecho con un madero. Como si me hubieran dado un garrotazo. Y luego empecé a respirar con dificultad, por eso cuando me oyeron en la radio no reconocían mi voz.

Cuando me depositaron en el quirófano había perdido casi toda la sangre. No podían encontrarme vena para transfusión ni en brazos ni en manos. Lo hicieron en un pie. Una doctora en medicina crítica me comentó que si hubiera llegado cinco minutos después, habría muerto.

Yo no sentía pero llevaba hinchado el cuello y los brazos amoratados. Pólvora y sangre revueltos. Cuando recobré la conciencia días después, vi como las fuerzas de las balas que me pasaron cerca cambiaron el color de mi piel a un azuloso como el de los sellos de goma que se estampan en el papeleo burocrático.

Una bala de AK47 entró por mi costado derecho. Pegó con una costilla y la rompió, pero también el proyectil se partió en dos. La mitad me agujeró el hígado y un pulmón. La otra se elevó y se alojó entre la columna vertebral y el corazón. Primero el bisturí abrió mi abdomen hasta el pecho y bajó al lado derecho. 48 horas más tarde le tocó a mi espalda. Las doctoras, los médicos, maravillosos, expulsaron los proyectiles y también a la muerte.

Cuando les di las gracias me dijeron que mejor se las diera a Dios, por que él guió sus manos.

Recién abandoné el hospital, el FBI y oficiales del Ejército mexicano enterados de que no morí me notificaron: los narcotraficantes firmaron dos contratos de 80 mil dólares cada uno para rematarme. Pero ahora dicen que lo harán con pistola y a la cabeza. Es que cuando fueron diez, hubo fuego cruzado y mataron a su propio jefe que se disponía rematarnos con una escopeta. Quedó recargado sobre el arma a poca distancia de nuestro vehículo. Llevaba guantes especiales para disparar y no dejar huellas. También chaleco anti-balas. Pero una bala que rebotó del piso le entró por un ojo y murió.

Desde que salí del hospital diez miembros del Ejército mexicano me protegen y viajo en auto blindado. No voy a ninguna parte. Solamente de mi casa a la oficina y vuelta. Todos los fines de semana los paso en mi vivienda. No salgo para nada. Puedo ir a donde quiera, pero no lo hago porque siempre estoy rodeado de guardianes con ametralladoras y evidentemente causo incomodidad, astuto y enojo. Por eso tampoco puedo ir a misa. Los que me cuidan tienen orden de estar junto a mí. Los sacerdotes me envían la comunión a mi casa y hace mucho que no visito un restaurante ni voy a un centro comercial. Mi mujer me compra ropa y yo la escojo por catálogo.

Cuando viajo, se asombran de verme rodeado. Revisan el avión antes de subir y al llegar al hotel, también inspeccionan primero mi cuarto.

Y para trabajar he tenido la dicha que los funcionarios particulares acepten hablar por teléfono en un país donde la creencia del espionaje es una obsesión. Otros me visitan en el semanario o en la casa. Otros periodistas que ni siquiera conozco me ayudan desde varios Estados del país informándome sobre las actividades del narcotráfico.

Esa es mi vida a grandes rasgos. Por fortuna he vivido tanto que si me la paso encerrado estoy resignado. Estoy en la tercera edad y no tengo gusto pendiente por satisfacer. Hoy más que nunca escribo y nada me detiene. Tengo prisa por hacerlo sabiendo que estoy viviendo horas extras, no sé cuando se detendrá el reloj.

Por eso, como don Guillermo Cano Isaza, yo debería estar muerto. A él lo tirotearon por órdenes de la mafia y a mí también. Escribió sobre el narcotráfico y los capos. Y eso hice. Él debería estar recibiendo éste premio. También él se lo merecía. Por eso se lo dedico sinceramente y a mi escolta asesinado Luis Valero Elizaldi.

Después de la balacera muchos me aconsejaron retirarme y encamado aún casi lo decidí. Pero fui reflexionando y pensé en un par de cosas: si me retiro quedaré como un cobarde. Además, la mafia me tomará de ejemplo con otros periodistas diciéndoles: Ya ves como le fue a éste, a ti te puede pasar igual.

La corrupción de los Gobiernos es la madre del narcotráfico. Desde aquí hasta Alaska en cualquier parte del mundo donde exista mafia es porque hay funcionarios corruptos. El narcotráfico ha crecido porque la política se ha rebajado.

En octubre de 1988, cuando recibí en Nueva York el premio Moors Cabot en la Universidad de Columbia, dije que mientras los reporteros mexicanos arriesgábamos la vida frente a los mafiosos, los periodistas norteamericanos estaban interesados en Mónica Lewinski. Y que los diarios de Estados Unidos dedicaban grandes titulares a las continuas ejecuciones de la mafia en México, pero no les ponían atención a los miles de jóvenes que diariamente mueren víctimas de las drogas.

Que no nos convengan con eso de que Colombia es de los carteles y México de los narcotraficantes. Colombia y México son de sus hijos, no de maleantes.

Esto del narcotráfico visto desde la butaquería norteamericana es un triller latinoamericano en el que sólo ven y leen apellidos como Arellano, Gallardo o Escobar. Pero desde un ángulo más continental esto como volver al viejo juego de que fue primero si la gallina o el huevo, pues los consumidores tienen otros apelativos: William, Marks, Smith o Sanders.

Definitivamente Estados Unidos no puede ver solamente la causa sin reparar en el efecto. O en otras palabras, mientras exista demanda habrá producción. México libra una batalla como nunca. Me consta, los propósitos y el esfuerzo del Presidente Ernesto Zedillo son notables y se apoya fuertemente en el Ejército. Pero no se puede acabar en seis años lo que nació hace muchos.

En mi país ya pasaron los tiempos de la represión gubernamental y ahora somos víctimas de los particulares o el narcotráfico. Ahora el Gobierno y el Ejército nos protege.

Antes habla más compañeros muertos. Ahora es mayor el número de penalmente denunciados o civilmente demandados. Somos menos víctimas del Gobierno y la libertad de prensa y la democracia que hemos alcanzado y estamos logrando, son irreversibles y debemos aprovecharla.

Nuestra sociedad, la sociedad de periodistas, no quiere ni hará manifestaciones callejeras ni desea publicar esquelas de compañeros. Quiere protegerlos. No dejar a nadie sólo en su quehacer reporteril sobre el narcotráfico. Reproducir sus notas de inmediato para que la mafia vea que no es nada más un hombre o una mujer. Somos muchos. O como escribió don Guillermo, a nosotros nos repugna la paz de los sepulcros y por eso queremos que se ensaye la paz.

Invito a mis compañeros de Bogotá a unirnos y caminar juntos con el Comité de Protección a los Periodistas de Estados Unidos, con Reporteros sin Fronteras de Europa, con Periodistas en Investigación, con la UNESCO, con la Fundación Guillermo Cano.

Solamente unidos y organizados podremos seguir adelante. Mi familia, mis compañeros editores y reporteros de Zeta y yo, agradecemos a quienes me eligieron para éste premio.

Dios bendiga a don Guillermo Cano. Dios bendiga a Colombia. Dios bendiga a México. Dios bendiga a este continente.

Muchas Gracias.

Entrevista a Jesús Blancornelas

Cipriano Durazo Robles

Tijuana, Baja California es una ciudad de gran diversidad de personajes y de signos vitales de transformación cultural; hoy por hoy es la frontera más visitada del mundo. El Centro Cultural Tijuana es uno de los más activos del país, crece cada día más el número de artistas, por eso decidimos ir allá para entrevistar al escritor y periodista Jesús Blancornelas con el fin de explorar su lado humano, así como su gusto por las bellas artes.

La entrevista se realizó en el Semanario Zeta, de tu propiedad, el viernes 17 de septiembre a las dos de la tarde, en un ambiente de amplia seguridad.

¿Cuándo empezó a descubrir la vena periodística?

La primera que se sorprendió de todo esto fue mi madre, porque en mi familia no habla nadie con estos antecedentes, y todo se debió a que yo era un joven que practicaba el ciclismo y de repente los compañeros de la sección deportiva de los periódicos del Sol de San Luis Potosí, empezaron a pedir datos siendo yo ciclista, y pasaba al periódico a dejárselos, y como reza el viejo dicho, tanto va el cántaro al agua, que termina por romperse y terminé ahí; primero fueron datos, luego notitas, hasta que ya me dijeron quédate, y cierta noche llegué y como había estudiado la carrera comercial podía escribir en máquina, un día escribí una nota y mi sorpresa fue que al día siguiente, apareció en el periódico tal y como lo había dejado, y pensé, ya se les olvidó, pero mi jefe me dijo que estaba bien y le siguiera, así es que trabajaba en una refaccionaria y era ciclista; entonces pues bueno, empecé a trabajar en prensa, yo te estoy hablando de 1957.

¿Usted de dónde es originario?

De San Luis Potosí y nací en el año de 1936.

Ha enfrentado el periodismo de una manera valiente, ¿qué les recomendaría a las nuevas generaciones de comunicadores, en cuanto a la ética periodística?

Bueno, nosotros lo que hemos procurado siempre es no publicar nada que no tengamos una verdadera constancia, o, alguna prueba; hemos hecho una combinación del periodismo empírico -ya que somos nosotros periodistas empíricos-, con el periodismo de los compañeros comunicólogos egresados de las universidades y ha dado resultado; entonces a las nuevas generaciones, lo que siempre les he comentado, es que practiquen al mismo tiempo que estudien, porque al salir de la escuela con técnica nada más, así sin práctica, no les va a dar resultado y necesitan que cuando están estudiando empiecen a practicar para que además descubran su vocación, porque si se ponen a estudiar periodismo y comunicación a lo mejor llegan a un periódico y ni les gusta, entonces yo creo que estudiar y practicar les dará la oportunidad, no solamente de confirmar o cambiar su vocación sino también para cuando terminen su carrera tengan experiencia.

Hablando de la dificultad de esta carrera, a usted le tocaron momentos muy difíciles cuando lo balearon, ¿no pensó en dejarlo todo?

Bueno, la verdad de las cosas es que sí hubo una reflexión sobre todo familiar de dejar todo esto, porque pues ya habían pasado todas esas cosas y no queríamos que se repitiera; tengo la fortuna de que tengo tres hijos, todos son mayores, y los tres están trabajando aquí conmigo, tengo la fortuna de que mi esposa estaba trabajando en un periódico en San Luis Potosí en el área de publicidad y yo en el área de redacción, entonces ella conoce muy bien lo que es un periódico y sabe bien de todas esas cuestiones. Lo valoramos en un momento desde un punto de vista periodístico y religioso, desde el punto de vista periodístico llegamos a la conclusión de que si yo decía me voy, si yo decía me escondo, me voy a Estados Unidos, a dondequiera, sería perseguido y por otro lado permitía que las personas que nos atacaron, o también otras personas dedicadas a eso, pudieran actuar en contra de otros compañeros, poniéndonos a nosotros como ejemplo, diciendo: ya ven, lo que le pasó a éste, te puede pasar a ti.

“Desde el punto de vista espiritual fui auxiliado con mucha preocupación, la iglesia ha estado cerca de mí, como tan estuvo cerca de mí el ejército, llegamos a la decisión de que nosotros no vamos a morir cuando quieran los narcotraficantes, me voy a morir cuando yo quiera y concluí que si no fallecí, es que Dios me envió un mensaje de que tienes todavía cosas que hacer en la tierra, entonces aquí estamos. Todo esto se reflexionó y además se reforzó con un aliento que me llevó a mi cama a los pocos días del accidente del señor Obispo: si no has muerto es que el Señor no quiere que te vayas, y tienes que seguir en tu trabajo, en tu tarea”.

¿Y sigue el compromiso de decir toda la verdad?

Definitivamente. Soy una persona que en primer lugar fui atendido en forma muy eficaz y estoy orgulloso por médicos y doctores mexicanos, todos nacionales. Luego tengo la fortuna de que el ejército se hizo cargo de mi seguridad, diariamente me acompañan a mí diez miembros del ejército, un oficial de día y noche, no salgo más que de mi casa al periódico y del periódico a mi casa salvo cuestiones mucho muy importantes me muevo a lugares fuera de la ciudad, que son muy pocas veces.

“Soy una persona que está viviendo horas extras, tengo que aprovecharlas para bien; el accidente hizo que yo cambiara mi vida, no soy una persona que se enoje por cualquier cosa ni que se desgaste por otra, sin que tenga encono contra alguien, nada, no tengo problemas ni quiero tenerlos”.

Veo que es bastante espiritual, ¿a quién lee?

Yo leo todo lo que me cae en la mano, -y no sólo me hacen el favor de regalarme, porque como no puedo ir a librerías, a los restaurantes o algo, entonces encargo. No tengo preferencias por nadie, admiro mucho a García Márquez, que es un excelente escritor, Mario Vargas Llosa, por no decir más, no soy una persona que empiece a leer a los europeos y todo eso, aunque sí los leo a todos, pero los leo no para efecto de que cuando me pregunten responda a quién conozco, , los leo para efecto de alimentarme, es como con todo respecto si compro libros, es como si comprara cebollas, tomate, carnes, lechuga y tengo todos los ingredientes para hacer algo, así es como lo hago y es como yo quiero escribir, sin limitar a nadie.

Ahorita que menciona que no puede ir a lugares públicos, ¿no le gustaría tener

más contacto con la gente?

A mí me prepararon, tomé todas estas cosas. con resignación y también con comprensión, yo sí puedo decir vamos a tal hotel a tomar un café o a un restaurante, pero al hacerlo los señores que me protegen, tienen que entrar a revisar y hasta que no revisen entonces me van a permitir entrar y cuando entren van a estar conmigo, entonces imagínese sentado yo con 3, 4 personas con ametralladora atrás de mí, y si usted va a estar sentado en la siguiente mesa va a decir yo me voy de aquí, tal vez va a causar, que usted nunca más vaya a ese restaurante, porque va a decir ahí va a estar esa persona y no quiero problemas, pero además pongo en apuros al dueño, le causo problemas, le ahuyento a su clientela, pongo nerviosos a los empleados, entonces prefiero no hacerlo.

“Además soy una persona de edad, voy a cumplir 63 años, entonces gracias a Dios no me puedo quejar, viajé mucho, me divertí de todo, gocé la vida de todo, nadie me puede decir algo que no haya hecho, y que me diga oye vamos a tal lado, ya lo probé, entonces lo único que estoy haciendo en estos momentos, es escribir, escribir y escribir”.

¿Tiene planeado a futuro escribir algún libro?

No, ya no; escribe uno libros y pone uno mucho trabajo, esfuerzo y finalmente el que escribe es el que menos dinero gana. No quiero con esto decir que soy un ambicioso, no, creo que a cada quien le debe corresponder lo que justamente es; entonces lo que yo hago es escribir cada semana y ahorita tengo 32 periódicos de la República que me dan más lectores que un libro, que los tengo cada semana y además voy a tener a la larga mejor pago que sobre un libro.

Volviendo un poco al arte, ¿de los pintores mexicanos quién le interesa?

Me interesa mucho el muralismo mexicano, obviamente me gusta mucho Diego Rivera y a Frida Kahlo la admiré 5 o 7 años antes de que viniera el boom de Frida Kahlo. José Clemente Orozco me encanta, creo que el muralismo mexicano es una expresión única en el mundo, no solamente en tamaño, en rasgo, sino además en mensaje, tienen un profundo mensaje todos. Todas las obras de O’Gorman me encantan, me gustan mucho.

“Todos ellos eran de una generación de cuando nuestro país vivía otra situación y obviamente no podemos comparar a uno con otro, podremos decir que uno y otro son de la misma tendencia filosófica e ideológica, y eso nos permite tener una variedad que es muy rica y que a los mexicanos interesados en eso, es poder leer el pasado, ver mejor el presente y esperar el futuro, el mensaje de ellos es muy grande”.

Vivo horas extras.- Jesús Blancornelas

Por: Vivían Sequera

AP (03-05-99).-BOGOTA.- Jesús Blancornelas, como todo periodista, quiere escribir y publicar de prisa. Pero, el director de la revista Zeta de Tijuana, México, tiene un apremio extra: quiere hacerlo antes de que lo maten.

“Estoy viviendo horas extras. Yo debería estar muerto”, dijo Blancornelas esta tarde en un discurso al recibir el Premio mundial a la libertad de prensa, que otorgan anualmente desde 1997 la UNESCO y la fundación colombiana Guillermo Cano.

Blancornelas, de 63 años, ganó el premio por sus investigaciones sobre la corrupción relacionada con el narcotráfico, En represalia por esos trabajos, había recibido cuatro tiros en un atentado cuando se dirigía a su oficina en Tijuana en noviembre de 1997. En el ataque, que dejó el auto con un centenar de agujeros de disparos de pistolas 9 mm y fusiles AK-47, murió su chofer.

Durante su convalecencia estuvo a punto de retirarse del periodismo.

Pero pensé un par de cosas”, dijo Blancornelas, que fundó el semanario hace 18 años. “Si me retiro quedaré como un cobarde, además la mafia me tomará de ejemplo para otros periodistas diciéndoles “ves como le fue a este, a ti te puede pasar peor”, por eso decidí seguir”.

Al hacer una vívida narración del ataque que sufrió, agregó que ahora lo cuidan 10 guardaespaldas, no sale de casa y anoche por primera vez en más de un año pisó un restaurante. Las mafias del narcotráfico, a las que atribuye el atentado, “ahora dicen que lo van a hacer con pistola y a la cabeza”, agregó.

Dijo que para matarle sus enemigos han hecho dos contratos de 80,000 dólares cada uno.

Ahora Blancornelas tiene planes para destinar a su revista los 25,000 dólares del premio UNESCO-Guillermo Cano, que busca reconocer trabajos periodísticos en condiciones adversas como dictaduras o en medio de la violencia.

En las dos anteriores ediciones del premio, las ganadoras fueron en 1997 la periodista china Gao Yu, encarcelada entre 1993 hasta febrero de 1999. El año pasado fue entregado a la nigeriana Christina Anyanwu, directora y redactora de un periódico ya desaparecido. Anyanwu fue encarcelada entre 1995 y junio de 1998 por un artículo sobre una tentativa de golpe de estado en su país.

El galardón lleva el nombre de quien era el director del diario colombiano El Espectador de Bogotá. Cano fue asesinado en 1986 por orden del cartel de Medellín en represalia por las vigorosas denuncias desde el periódico contra el narcotráfico. El auto de Cano fue baleado por sicarios cuando el periodista salía del diario,

Las vigorosas denuncias de Cano y su muerte en aquellos años del narcoterrorismo fueron descritos por el escritor y Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, uno de los invitados a los actos de premiación, quien fuera amigo y trabajara con Cano en los años cincuenta.

La jornada, con la que se celebra el Día Mundial de la Libertad de Prensa, instaurado por la Asamblea General de Naciones Unidas en 1993, comenzó hoy con la entrega del premio y seguirá con una serie de debates hasta el martes sobre los peligros que sufre el periodismo.

En 1998 se reportó la muerte de cuatro periodistas colombianos, según datos del no gubernamental Comité de Protección a Periodistas (CPP), con sede en Nueva York. De acuerdo con el CPP en los últimos 10 años han muerto en Colombia 43 periodistas, descrito como el país más peligroso para el periodismo el año pasado. En 1998, CPP reportó en total el asesinato de 24 periodistas en 17 países.

Para que muchos de esos crímenes no queden impunes la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) proyecta crear una llamada “unidad de reacción inmediata” en la que periodistas de la región, apenas conozcan de la muerte de un colega, se trasladen al sitio e investiguen el caso para colaborar con las autoridades.

“Hoy a las puertas del siglo XXI cientos de colegas siguen siendo asesinados”, dijo Jorge Fascetto, presidente de la SIP

En la última década, dijo, más de 200 periodistas han muerto.

Jesús Blancornelas: *después de 6 años, sólo hay un hombre, Aburto*

Colosio, un caso sin final

ALBERTO CARBOT

“Mario Aburto no tenía ningún rencor contra Colosio, al asesinarlo, lo que estaba haciendo era darle una lección al sistema político mexicano. Si en lugar de Luis Donaldo hubiera llegado a Baja California algún alto funcionario de Estado, incluso Carlos Salinas, también lo hubiera liquidado”, explica el connotado periodista Jesús Blancornelas en esta entrevista exclusiva concedida a Gentesur, al cumplirse el sexto aniversario del magnicidio

Autor del libro Una vez nada más, crónica de un país y sus personajes, Jesús Blancornelas es todo un ejemplo del periodismo independiente y comprometido. Al frente del semanario Zeta ha dejado su impronta en el periodismo de Baja California, donde ha sobresalido por sus investigaciones del asesinato de Luis Donaldo Colosio y por ser el único periodista que entrevistó a Mario Aburto, asesino confeso del candidato presidencial.

Desde sus oficinas en Tijuana, afirma que “Aburto fue el único hombre que disparó contra Colosio”, a diferencia de quienes insisten en otras hipótesis. Jesús Blancornelas es un verdadero paladín del periodismo de investigación. Su quehacer profesional se desenvuelve en medio de un ambiente de constante peligro y de acecho continuo de los grupos de poder, parece más un sacerdote que un reportero acucioso y tenaz.

Pero más allá de su cabello entrecano, su barba corta y sus lentes de intelectual, Blancornelas es un personaje quijotesco y controvertido que se ha lanzado contra los molinos de viento del sistema y contra las verdades establecidas, para ventilar públicamente aspectos de la realidad que suelen poner incómodos a los grandes caciques o a los dinosaurios del establishment.

Su estilo periodístico lo ha convertido en blanco de todo tipo de ataques, incluso trataron de asesinarlo el 27 de noviembre de 1997 sicarios de los narcotraficantes Arellano Félix, del que salió con vida milagrosamente, no así su guardaespaldas Luis Lauro Valero ni tampoco el pistolero David Barrón Corona, El CH. El Comité de Protección a Periodistas de Nueva York le otorgó en noviembre de 1996 un reconocimiento a su labor, que se suma a la preseña que poco antes le entregó el Pen Club Internacional de Londres y el Premio a la Libertad de Expresión que le concedió el San Diego Press Club.

Blancornelas insiste en su teoría de que Mario Aburto fue el único autor material del asesinato de Luis Donaldo Colosio. Con esta hipótesis ha debido navegar a contracorriente, oponiéndose al coro de voces que insisten en que detrás del homicidio está el ex presidente Carlos Salinas. “Nosotros en el periódico -el equipo que trabajamos sobre este caso-, no hemos variado nuestro punto de vista en torno al asesino de Colosio.

Después de 6 años hay un hombre, Mario Aburto, quien fue detenido en el lugar de los hechos, fue interrogado, confeso y sentenciado y está purgando una sentencia.

Esa es una verdad. “Entonces hasta hoy, por más que queramos -o que alguien quisiera-, no se puede culpar a nadie más de la muerte de Colosio.

Esa es la verdad legal, la verdad histórica -dicen algunos-, es que el autor de su asesinato fue Carlos Salinas, o que fueron los dinosaurios del PRI, o el sistema. Pero han pasado 6 años y nadie ha podido demostrar con hechos que hubo un complot o desmentir, también con hechos, que fue un asesino solitario. Y así están las cosas.

“El fiscal especial, Luis Raúl González Pérez, asegura que después de 6 años y de haber investigado tanto, sólo quedan algunas líneas de investigación, entre ellas la narcopolítica y el entorno político. Pues yo creo que se va a quedar con el entorno político en este sentido.

“Aburto es un hombre que leía mucho, se reunía con personas -al igual que lo hacemos nosotros cuando nos reunimos en alguna ocasión con otros amigos a tomar café, a comentar o platicar sobre algún tema-.

Y bueno, él en algún momento probablemente llegó a pensar o a escuchar frases como este sistema no sirve y lástima que no haya quién ponga remedio a esto. Y de ahí él tomó la decisión de hacerlo

“No estoy seguro, porque no puedo hacer regresar el tiempo ni puedo darlo como un hecho contundente, pero creo que si el presidente Carlos Salinas u otro funcionario importante hubiera visitado Tijuana antes que Luis Donald Colosio, seguramente que Mario Aburto lo mata. “Me atrevo a decir que Mario Aburto estaba resentido contra el sistema, no precisamente contra Colosio.

Cuando hablé con él pude percibir este descontento; cuando lo escuché y platicué con él, me decía -y así lo sentí-, que estaba arrepentido de haber matado a Colosio. Pero con su muerte él sentía haber desahogado su propio coraje contra el sistema; es decir, él no quería precisamente asesinar a Colosio, la persona, sino a lo que Luis Donald representaba o simbolizaba en esos momentos, el poder.” ¿Por qué se ha complicado tanto resolver el asesinato de Luis Donald? Desgraciadamente, Pablo Chapa revolvió mucho; echó a perder muchas cosas.

El actual fiscal Luis Raúl González Pérez -con quien he tenido oportunidad de charlar en varias ocasiones-, es un hombre mucho más serio y creo que las cosas pueden caminar bastante, hasta donde sea posible llegar. “Nosotros sostenemos la teoría de que Colosio fue asesinado por un hombre en el lugar de los hechos.

¿Inducido por quién? He ahí la gran pregunta. “Científicamente está demostrado que el asesino fue un solo hombre. Científicos, criminólogos, topógrafos, expertos en balística, psiquiatras, psicólogos, así lo han determinado. Pero en este país hay verdades históricas y verdades legales. La verdad histórica es que todo mundo quiere que sea Salinas, y la verdad legal es que nadie acepta que sea un solo hombre el asesino.

“Usted ha sido el único periodista que ha podido entrevistar directamente a Mario Aburto. Sé que no son cuestiones de percepciones o suposiciones, pero ¿cuál es su percepción personal? ¿Considera que Aburto es el verdadero asesino de Colosio?

Cuando yo lo entrevisté en Almoloya un mes y 3 o 4 días después del crimen, Aburto me confesó (y está grabado), que fue él quien disparó las 2 veces.

“Me permitieron grabar la conversación y lo entrevisté 90 minutos, es decir, 30 más del tiempo que me habían permitido. Coloqué un cassette de 90 minutos en la grabadora y yo les dije que duraba solo una hora y el cassette nunca me lo pidió ningún fiscal. Sólo tuvieron copia de la cinta el presidente Ernesto Zedillo y Raúl González Pérez. “la impresión que Mario Aburto me dejó después de verlo, es que es un hombre serio, no grosero. Es una persona que habla correctamente, que no se ríe -por lo menos no lo hizo conmigo-, y que no se conmueve, nada le duele ni le entristece.

Lo más impresionante para mí, es que durante toda la plática jamás me perdió la mirada y está consciente de todo lo que hizo. “En las investigaciones que realizamos originalmente nos encontramos que tiene una serie de diplomas, desde por lo menos 3 años antes del asesinato. Aburto estudiaba soldadura, herrería -o lo que fuera-, siempre estaba en cursos de capacitación. Es un hombre que siempre se instruí, que leía todo el tiempo. Además, no es vicioso, no fuma.

Era muy noviero, eso sí, pero muy respetuoso, sin esperar jamás algo de ellas. “La entrevista que le hice se publicó casi mes y medio después del asesinato. Pero con ella sucedió lo que ocurre frecuentemente con los trabajos que hacemos los compañeros periodistas de provincia: que la entrevista no le gustó a la gente del Distrito Federal.

“Sin embargo, ésta fue publicada y aceptada por la Fiscalía Especial y por el propio presidente de la República. En mi opinión, Mario Aburto es un hombre que tenía una fijación mental sobre el sistema y contra el sistema.

“Y reitero que nuestra teoría es que, si en vez de haber ido Colosio a Tijuana hubiera estado allí Carlos Salinas, Pedro Aspe o algún otro secretario del gobierno de esa época, ahí lo mata Aburto. Su rebeldía era contra el sistema, no precisamente contra Colosio.”

La credibilidad, principal obstáculo en el caso Colosio

Aburto, único autor material: Raúl González Pérez; pronto, nuevas líneas sobre la autoría intelectual

Uno de los grandes problemas que enfrenta la investigación en torno del asesinato de Luis Donaldo Colosio es la credibilidad, aseguró el Fiscal Especial, Raúl González Pérez. Asediado por la prensa, con motivo del sexto aniversario de la muerte del ex candidato presidencial priísta, indicó que “por eso nos hemos empeñado en que la investigación sea exhaustiva para llegar a la verdad y que la sociedad pueda hacer un análisis razonado y no emotivo, de lo que hasta ahora llevamos”.

Cuarto fiscal en turno -luego de los evidentes fracasos de Miguel Montes, Olga Islas y Pablo Chapa Bezanilla-, dijo tajante que los resultados de sus investigaciones “tienen que ser una verdad que tenga soporte y si esa verdad coincide con la creencia popular es porque así lo determinan las pruebas.

Nosotros no estamos aquí para buscar el aplauso social, buscamos la verdad, y esa verdad será la que le digamos a la sociedad, sustentada en pruebas”. Luego

consideró que “hay ocasiones en que las pruebas no coinciden con lo que se quiere creer, pero una investigación y la procuración de justicia, no pueden basarse ni en encuestas, ni en intuiciones, sentires, o emociones, sino precisamente en datos y pruebas que soporten cualquier conclusión”.

“Nosotros hacemos una investigación jurídica -dijo-. No vamos a hacer juicios morales, sino determinaciones jurídicas. Yo he sostenido desde hace 3 años y medio que una de las líneas de investigación que se trazaron -que está en desarrollo y que una vez que se agote esta línea daremos a conocer con puntualidad sus resultados-, es la del contexto político en que se desarrolló la campaña de Luis Donald Colosio.

“Por esa razón, todo lo que han vertido los actores políticos va a ser tomado en cuenta por el Ministerio Público en su análisis, la verdad no va a estar sustentada en lo que diga un solo actor político, sino en el conjunto de declaraciones y documentos que haya en esta línea de investigación.

Por ejemplo, la declaración de Manuel Camacho, como la de todos los demás actores políticos, está siendo motivo de análisis”, comentó el fiscal al periodista José Cárdenas. “Por otra parte, es legítimo que la sociedad se pregunte; que tenga desconfianza, por tanto tiempo transcurrido, por las contradicciones que se han dado, pero también nos gustaría que reconociera que estamos haciendo un esfuerzo serio. Hoy hemos limpiado la investigación, hemos investigado a profundidad las líneas que puedan llevarnos a una determinación sobre la existencia o no de la autoría intelectual.

Si agotadas las líneas de investigación surge ésta, consignaremos a la persona o personas de que se trate. Si no, también seremos muy honestos en decir lo que investigamos, cómo lo hicimos y qué soporte tiene. “Siguiendo el método que nos impusimos desde el principio, no queremos jugar con verdades parciales, sino dar a conocer toda la información una vez que se agote cada línea de investigación.

Algunos ejemplos pueden servir para aclarar nuestra actitud: tenemos certeza de que Mario Aburto es el autor material; no tenemos certeza de si fue influenciado o no y eso es lo que se investiga.

La sociedad se preguntaba si se había sustituido al autor material; no fue sustituido, se trata del mismo sujeto que detienen, llevan a la delegación y trasladan a Almoloya. Esas son respuestas que se dan a la sociedad, pero como no va en el sentido de lo que le hubiera gustado a un sector, entonces no se cree en los resultados. Este es el problema que enfrentamos en términos de credibilidad.” Luego, González Pérez externó que “gran parte de ese escepticismo social deriva de las propias contradicciones de la investigación y por eso estamos expresando que se analice con más frialdad lo que hemos venido haciendo.

Yo diría que la sociedad puede estar tranquila, porque le estamos hablando con la razón que nos den las pruebas. Esto se intentó en el pasado y los resultados fueron pavorosos”. El fiscal subrayó que -de acuerdo a diversos investigadores con los que ha tenido oportunidad de intercambiar puntos de vista- en torno del caso Colosio se ha desarrollado “una investigación única y exhaustiva a diferencia de cualquier otra realizada en el mundo.

“A veces no se quiere reconocer el trabajo que se ha desarrollado -indicó-, pero puedo dar ejemplos de cómo los propios legisladores me han traído innumerables versiones que me piden investigar, muchas de ellas en paralelo a las que hemos realizado.”

Aclaró que “no hay sustitución del autor material” y que “el sonido de Lomas Taurinas no tuvo que ver con el crimen de Luis Donald Colosio”, así como tampoco los 14 homicidios que la opinión pública relacionó con el magnicidio. “Después de investigar si tenían alguna conexión, puedo asegurar que no la tienen; se han ubicado 13 videos sobre el mitin político en Tijuana y se tiene certeza de que hasta el momento no hay conexión con los cuerpos de seguridad”, expresó el fiscal especial.

Agregó que se investigaron “todos y cada uno de ellos, tenemos las pruebas; hay un solo tirador como responsable que es Mario Aburto, como autor material”. Más adelante criticó a quienes aseguran que luego de la transformación de la plaza de Lomas Taurinas se perdió información sobre el magnicidio, “porque existe una investigación muy detallada” y que ahora se investigan todavía las pistas de posibles autores intelectuales.

“Van muy avanzadas esas líneas y esperamos darlas a conocer muy pronto.”
(Juan Campos)

Cambia prensa en México.- Blancornelas

Por: Edelmiro Franco

Notimex (03-05-99) -Santa Fe de Bogotá.- La libertad de prensa en México se ha logrado abrir en los últimos ocho años a pesar de las amenazas constantes de las mafias del narcotráfico contra los medios de comunicación, dijo hoy aquí el periodista, Jesús Blancornelas.

El periodista mexicano recibió este lunes en la capital colombiana el Premio Mundial de la Libertad de Prensa 1999 que otorga la UNESCO y la fundación colombiana "Guillermo Cano",

El galardón consistió en la entrega de un cheque por 25 mil dólares y una escultura de pintor colombiano, Edgar Negret, que tiene un costo en el mercado de 30 mil dólares.

Blancornelas dijo a Notimex que el premio es una gran distinción que comparte con sus colegas mexicanos, y "es una carga más pesada, un compromiso muy serio".

Afirmó que la libertad de prensa en México "se ha abierto desde hace unos ocho años y hemos llegado a un punto que ya no tiene retorno. El gobierno nos está abriendo más las puertas y las dificultades que estamos teniendo son con los particulares, con los narcotraficantes".

"En mi país ya pasaron los tiempos de la represión gubernamental", sostuvo Blancornelas en el acto de entrega del premio de la UNESCO y agregó "ahora somos víctimas de los particulares o el narcotráfico Ahora el gobierno y el ejército nos protege".

Para Blancornelas los periodistas tienen "la capacidad, intuición y la obligación" de trabajar unidos contra las mafias del narcotráfico.

Para el periodista mexicano el problema fundamental del narcotráfico "es que es el hijo de la corrupción Y subrayó "que mientras haya corrupción en el gobierno habrá narcotráfico"

"Nosotros no podemos impedir esos tratos oscuros y sucios, pero si podemos denunciarlos", aseveró el editor

Y una de esas denuncias, es que el narcotráfico en lo que va del año, ha asesinado a 140 personas en México "y al sur de nuestro estado (Tijuana) pasan de 200. El narcotráfico es intenso"

Blancornelas escapó de un atentado hace dos años, y según el periodista, hoy tiene dos nuevas amenazas de la mafia.

"Hay dos contratos para matarme, en Estados Unidos y Tijuana, pero por fortuna he recibido una buena protección de la policía y el ejército. Estoy vigilado día y noche y pocas veces salgo fuera del país. Esta es la tercera vez que salgo del país y de mi ciudad", comentó.

Admitió que el actual gobierno libra una lucha intensa contra las mafias de las drogas, pero este propósito es imposible que se logre solo en seis años y reitera “que mientras existan funcionarios corruptos, existirá el narcotráfico”.

“México libra hoy una batalla como nunca- anotó-. Me consta los propósitos y el esfuerzo del gobierno del presidente (Ernesto) Zedillo (en la lucha contra las mafias de la drogas). Los logros son notables y se apoya fuertemente en el ejército. Pero no se puede acabar en seis años lo que viene hace muchos”.

Para Blancornelas “el futuro del periodismo está en manos nuestras, no está en manos de los narcotraficantes, ni de gobiernos. Mientras nosotros no dejemos de decir la verdad y trabajemos unidos, el gobierno tiene que trabajar bien”.

El premio fue otorgado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), a Blancornelas por la defensa a la libertad de prensa en México y por sus constantes trabajos de investigación sobre corrupción y tráfico de drogas en ese país.

Uno de los trabajos de investigación más destacados de Blancornelas, fue sobre el asesinato en 1998 de su colega y cofundador de “Zeta”, Héctor Félix Miranda.

El jurado que seleccionó al periodista mexicano como ganador del premio de la UNESCO, estuvo integrado por 14 profesionales de la información y presidido por el periodista francés, Claude Moisy.

El premio de la UNESCO fue creado en 1997 en homenaje al periodista Guillermo Cano, director del diario El Espectador, quien murió en un atentado de la mafia en 1986,

El galardón fue “para honrar a una persona, institución u organización que haya contribuido de manera especial a la defensa o la promoción de la libertad de prensa en cualquier parte del mundo, especialmente si esto implicaba riesgos”.

Los dos anteriores premios recayeron en las periodistas Gao Yu, de China, y Christina Anyanwu, de Nigeria. Ninguna de las dos pudo recogerlo personalmente por encontrarse en prisión, pero ambas fueron puestas en libertad poco después.

La entrega del premio al periodista mexicano estuvo a cargo del director de la UNESCO, Federico Mayor, quien resaltó el trabajo de denuncia de Blancornelas.

Derecho a la información: crónica de un despropósito

Crítica Política, 49, 15 de mayo de 1982.

Después de una gloriosa aparición en la escena política mexicana, el derecho a la información siguió un largo y sinuoso camino que lo condujo finalmente a la nada. Su frustración representa la de uno de los mejores propósitos del gobierno de López Portillo y lo convierte por ello, independientemente del significado propio del término, en un despropósito porque se volvió contra sí mismo, se hizo su contrario.

En cinco porciones pude dividirse el trayecto vital del derecho a la información: el entusiasmo propulsor; la duda; la dilación; el desdén y el entierro. Veamos cómo se manifestaron.

El plan básico de gobierno 1976-1982 dio cabida por primera vez a la noción de derecho a la información. Se le describía allí, ya en septiembre de 1975, con nitidez que después fue interesadamente perdiendo: "No es simple y sencillamente la libertad para informar, sino el derecho que los hombres tienen como receptores de información". Durante la campaña de López Portillo, el profesor de derecho constitucional (ahora subdirector de estudios sociales del TEPEP) Miguel Limón, enriqueció la noción, señalando que la libertad de expresión "es correlativa al derecho de los ciudadanos a ser informados. El derecho a la información impone al Estado una obligación de hacer, de informar y de colocar al alcance de la prensa los medios para que ésta pueda asumir el deber que es contrapartida de sus derechos". En su memorable discurso de toma de posesión, López Portillo incluyó el tema diciendo que "es preciso otorgar vigencia plena al ejercicio de nuestro derecho a la información, donde los medios de comunicación social- tienen el alto deber de merecer su libertad de expresión, expresándose con libertad y haciéndolo con responsabilidad, respeto y oportunidad". En abril de 1977, el gobierno convocó a una consulta pública

que definiera el contenido de la reforma política. Humberto Lira Mora, a la sazón director jurídico de la SEP y hoy procurador del Estado de México, expuso una tesis que conviene citar en extenso porque anticipa lo que sería la enmienda constitucional respectiva y señala lo que hubiera podido ser su reglamentación:

"El respeto a las libertades individuales asegurado por la Constitución, debe expresar en su verdadera dimensión democrática al derecho a la información, como una fórmula eficaz para respetar el pluralismo ideológico, abrogando la tesis exclusivamente mercantilista de los medios de comunicación que lo identifican como equivalente a la libertad de expresión.

"Esta última idea sería aquella conforme a la cual toda actitud y todo producto participan de la lógica de la mercancía. La información, que es un derecho imponderable, se colocaría así en el nivel de los detergentes. Los apologistas de esta tesis también la han expresado como la libertad de quien produce y emite. Ignoran, sin embargo, el derecho que tienen los receptores de información. El Estado mexicano, que no puede darse el lujo de equivocarse su tiempo histórico, debe estimar como parte de la reforma política la reforma de los medios y establecer constitucionalmente al lado de la libertad de expresión, que es una garantía individual que deberá permanecer inalterada, la garantía social a la información, esto es, invertir el modelo conforme al cual se nor-

man las comunicaciones masivas en los medios electrónicos, casi siempre en función de los intereses particulares de quienes hacen uso de ellos, por el modelo de preeminencia del interés social.”

En buena medida, Lira Mora inspiró la enmienda al artículo 6° de la Constitución, que ahora (desde diciembre de 1977) incluye un añadido por el cual “el derecho a la información será garantizado por el Estado”. No fue casual que la modificación hubiera ido en el paquete que estableció la reforma política, puesto que se le concibió inequívocamente como parte de ella. Tanto fue así, que la LOPPE incluyó la primera, pero no la única, manifestación del derecho a la información: el acceso de los partidos a los medios electrónicos, para difundir sus programas y plataformas. Se hacía evidente con ello que el propósito de la reforma al sexto constitucional era un objetivo democratizador, relacionado con el acceso de los grupos sociales al uso de los medios.

Nadie alzó la voz para reprochar a nadie la reforma constitucional, como si se tuviera plena conciencia de que la Constitución por sí sola no vale. Más aún, el presidente López Portillo se refirió al tema varias veces. Una de ellas fue el 4 de enero de 1978, en que fue muy claro: “si no garantizamos el derecho a informar y el derecho a ser informados, corremos el riesgo de empobrecer relativamente nuestra vida de relación. . . Pobre es la libertad si carece de medios para ejercitarse. Enriquecer la libertad, poniendo al alcance los medios de su expresión, es el derecho social a la información: derecho a informar y a ser informado. Lo vinculamos con la reforma política porque es fundamental. Si queremos hacer más participativo al pueblo de México en nuestros procesos democráticos fundamentales, debemos informarlo respecto de las opciones políticas que tiene; pero pobre sería el empeño si al abrir las opciones no ponemos a su alcance los medios de difusión.”

En julio de 1978, el Congreso del Trabajo en su primera asamblea nacional ordinaria, aprueba tres dictámenes sobre medios de difusión, incluyendo el tema de la capacitación de los trabajadores para el manejo de sus propios medios de comunicación. En agosto, la asamblea nacional priista dedicó el punto número 32 a tratar en extenso el derecho a la información. Mediatizadas y todo, he allí a las organizaciones de masas haciendo suyo el planteamiento gubernamental. En septiembre, al leer su segundo informe de gobierno, López Portillo anuncia que enviará al Congreso un proyecto de “ley de garantías al derecho a la información, que desarrollará y dará concreción al contenido de la parte final del artículo 6° constitucional. Por su carácter de orden público, sus preceptos serán el marco normativo al que deberán sujetarse las disposiciones existentes que regulan la actividad de los medios de comunicación social y constituirán la base de otras regulaciones específicas en la materia. En esta iniciativa de ley se define el derecho a la información como un derecho social, para asegurarle a la colectividad una información objetiva, plural y oportuna. Nuestro orden jurídico deberá hacer de la información una fuerza democrática, en cuyo ejercicio participen las diversas corrientes de opinión y de pensamiento, las agrupaciones y los individuos. El derecho a la información complementa la libertad de expresión que, al ser cabal, sustenta una vigorosa opinión pública apropiada al cambio y a las transformaciones esenciales”.

Al ver la inminencia de la concreción, los poderosos intereses de la industria de la conciencia iniciaron su trabajo de oposición. La iniciativa no fue enviada al Congreso.

En vez de ello, y acaso para conseguir legitimación social, el Presidente pidió al secretario de Gobernación, Reyes Heróles, en diciembre de 1978, que citara a consulta pública sobre el tema. Los ataques en los medios de prensa conservadora se hicieron muy notorios en enero de 1979. El 22 de febrero la Comisión Federal Electoral (quien iba a realizar la consulta) debió fijar las fechas para efectuarla, y se abstuvo de hacerlo. En mayo, Reyes Heróles se marchó a su casa, renunciando “para el mayor bien de la República”, fórmula que muestra cada vez más su sarcasmo.

En septiembre siguiente, tres hechos contradictorios entre sí atañeron al derecho a la información. El Presidente lanzó una injusta (por lo general) e irritada requisitoria contra los medios de difusión; nombró coordinador de comunicación a Luis Javier Solana, que se convertiría en campeón de ese derecho dentro de los círculos oficiales; y encargó a Luis M. Farías, que se encargaría de enterrarlo, la tarea de hacer la consulta pública que Reyes Heróles no llegó a realizar.

Hubo en efecto hasta veinte audiencias, en la Cámara de Diputados y en varias ciudades, entre el 21 de febrero y el 6 de agosto de 1980. Se inscribieron 191 - personas, de las que 115 lograron leer sus proposiciones, ya que el ciclo de exposiciones resultó cerrado abruptamente. En un pronóstico que resultó errado (no por falta de perspicacia de la autora sino por la sinuosidad del despropósito), Fátima Fernández Christlieb lo atribuyó entonces a “que en las altas esferas gubernamentales se decidió reglamentar el derecho a la información, al parecer en el próximo periodo ordinario de sesiones del Congreso. Las manifestaciones de esa decisión comenzaron a observarse desde el mes de mayo en los dos discursos pronunciados por el coordinador de Comunicación Social de la Presidencia de la República. El primero de ellos señalaba la importancia de que los países latinoamericanos hicieran suyo el concepto de derecho a la información y el segundo expresaba claramente la decisión de México de romper con el bloque transnacional de comunicación en el que desde hace décadas está inscrito dada la ausencia total de una explicitación estatal en la materia.”

No fue así. Por el contrario, Farías fue aplazando la decisión, atendiendo a las demandas expresas de Televisa. Siete ponentes de este consorcio proclamaron que ya había demasiada legislación sobre el asunto. En septiembre, el Presidente dejó a la soberanía del Congreso la facultad de reglamentar el derecho a la información. Como nada se moviera en tal sentido, la Coalición de Izquierda presentó en diciembre un proyecto que no fue discutido siquiera en comisiones.

Entre mudanzas de opinión y largos silencios, transcurre casi todo 1981. Hacia agosto, se empieza a saber que en la coordinación de Comunicación Social se trabaja en un proyecto de reglamentación. El 20 de septiembre, el semanario Proceso publica un resumen del borrador, y abre las compuertas para que el documento sea atacado, con lo fácil que es hacerlo en tales condiciones. Nadie sale a defenderlo, pues no se trata de un papel oficial, y por lo tanto está lleno de pifias e insuficiencias. Casi toda la prensa controlada por Farías se manifiesta en contra y Farías puede entonces declarar muerto el proyecto, alegando que “no ha encontrado la cuadratura del círculo”, es decir, el modo de conciliar la libertad de expresión con el derecho a la información. Sorpresivamente el 15 de noviembre, Solana publica un documento donde disuelve las objeciones posibles a la reglamentación.

Dos meses y medio después, es relevado. Ahora sí, el derecho a la información está liquidado. Sustituye a Solana el señor Francisco Galindo Ochoa, que se hace cargo de sus tareas en febrero. Apenas en mayo, Proceso y Crítica Política, por lo menos, están en peligro de muerte, como el derecho del que, en cierto sentido, fueron fruto.

En pos de la memoria y la solidaridad entre periodistas

Discurso pronunciado el 11 de junio de 1981, en el salón Carranza de Los Pinos, en nombre de los beneficiarios del Premio Nacional de Periodismo.

Al honor de recibir el Premio Nacional de Periodismo se agrega el de hacerlo en compañía de estos distinguidos profesionales y el de hablar en su nombre. No hubiese admitido tamaña responsabilidad si ello no significara la oportunidad, por una parte, de hacer en voz alta algunas reflexiones sobre el oficio al que con pasión nos hemos entregado y, de otro lado, de acentuar aunque incurra en reiteración el valor de las personas y los trabajos de quienes son hoy galardonados por la República.

Si la descortesía no debiera ser evitada en una reunión como esta, encabezada por el presidente López Portillo y a la que asisten los seres a quienes queremos y dan sentido inmediato a nuestro quehacer; si pudieramos ser descortesios, repito, haríamos un reproche a las instancias que atribuyen anualmente este premio, por la tardanza con que le fue asignado a don Edmundo Valadés. Autor él mismo de ficciones que uno encuentra a cada paso en la realidad mexicana, ha practicado una generosa renunciación a su propia inventiva para convertirse en impulsor de las letras de otros. Con *El Cuento*, la formidable publicación mensual que desde 1964 fabrica personalmente don Edmundo, Valadés ha enseñado a leer a generaciones enteras de mexicanos. Inevitablemente discutible toda asignación de premios, ésta como un puñado desde 1976, escapa a esa condición. Don Edmundo bromea diciendo -lo que con esta evidencia es una doble falsedad- que él es el único mexicano que vive del cuento. En realidad, en los últimos 17 años ha vivido por y para *El Cuento*, ese libro mensual de la imaginación.

Alberto Isaac, diversamente creador, viene hoy aquí a causa de las gotas tóxicas que traza su lápiz arponado. Podría recibir otros premios por su cinematografía. Pero todo se andará. Arturo Casillas Jiménez dio hondura vital, humana, a su reportaje sobre un niño acechado por la muerte en Baja California. Muchos otros niños acechados por la muerte, asesinada ya su esperanza de vivir en paz, cuando no han sido victimados sus cuerpos, fueron retratados en El Salvador por la cámara de Antonio Reyes Zurita, y por las del equipo del Canal 13 que hoy recibe esta distinción.

Recordar la lucha popular salvadoreña, a propósito de los trabajos de estos profesionales del periodismo, nos conduce a nuestra primera reflexión. La América nuestra padece hoy condiciones dramáticas que imponen dificultades a veces insalvables al trabajo periodístico, que no puede vivir sino en libertad. Un diarista mexicano, Ignacio Rodríguez Terrazas, cayó cumpliendo su deber en tierras salvadoreñas. En él recordamos a los periodistas latinoamericanos perseguidos, encarcelados, exiliados, asesinados. En él tenemos presente, también, a quienes en nuestro propio país sufren embates de cacicazgos locales renuentes a arriesgarse a vivir en democracia.

En esa democracia, vigente o anhelada, hemos resuelto que la nación mexicana consiga sus aspiraciones. Desde la fundación misma de la República, el periodismo fue arma de combate. La blandieron a veces con más ardor que eficacia (hemos de reconocerlo así melancólicamente) próceres de la pluma que repartían su vida entre la

imprensa y la cárcel. No los recordamos suficientemente. Una de las tiranías de nuestro oficio, que nos enraíza en el hoy y el mañana, nos hace olvidar el pasado. Sin mitificar, sin construirles monumentos, tendríamos que recuperar la memoria del oficio, reencontrarnos en quienes hicieron antes lo que nos proponemos hacer hoy. No tenemos que buscar sólo muertos. Para probarnos que esa estirpe no se ha extinguido tenemos aquí a don Francisco Martínez de la Vega. Hallaríamos así líneas inequívocas, fortalecedoras de una suerte de conciencia de la especie, que nos permita reconocernos en los trabajos que emprendemos cada día.

Preguntas fundamentales que asaltan a todo hombre -¿quién soy? ¿Cuál es el sentido de mi existencia?- pueden ser formuladas, acaso con énfasis mayor, por los periodistas. Sabemos que tenemos una función social. No siempre atinamos a precisar cuál sea ella. Deturpado con exageración, en el periodista se ve sólo un corrupto, convenenciero, superficial y servil. Endiosado con exageración, (a veces sólo por boca propia), en el periodista se ve al que habla por los que no tienen voz, conciencia de la sociedad, paladín de las libertades. Los periodistas somos aquello y esto. Somos lo que la sociedad propicia que seamos, aunque no estemos por encima ni por debajo de ella. No estamos al margen de ella. Si la servimos, es a causa de que ella lo favorece y necesita.

Nuestra disociación del pasado se reproduce en nuestra desagregación del presente. Por una diversidad de factores, entre los que el modelo empresarial y la porción viciada de nuestro sistema político son preponderantes, nuestro oficio nos aleja y nos pone a todos contra todos. No es casual que sean precarias las organizaciones profesionales de periodistas. Existen, sin duda, y alguna hasta realiza promociones que deben ser impulsadas. Pero sólo cunde entre nosotros la solidaridad, como entre las tribus primitivas, frente a una agresión externa. Sindicatos y clubes, colegios y asociaciones que no sirvan para inventar periodistas, sino para fomentar su vida gremial son formas de organización que conviene consolidar y crear.

Al hacerlo nadie responsablemente demandaría privilegios. Los periodistas no quieren fuero social alguno. Buscan sólo el establecimiento de condiciones adecuadas para un trabajo de indudables repercusiones sociales. Nadie eligió a los periodistas para que hablaran en nombre de otros, pero la permanencia y la difusión de sus informes y opiniones en el ánimo público son una forma de legitimar esa especie peculiar de representación social.

Hablemos, por último, de la prensa y el poder. El binomio ha generado, desde el siglo XVI, abundancia de conflictos. El comportamiento dé una y otro, frente a frente, ha sufrido variaciones y hoy se expresan, entre nosotros, de manera que tiende a ser racional, pero es sin duda insuficiente. Cometeríamos un descomunal error al desdeñar la libertad de expresión como simple "libertad burguesa". Pero no podemos convertirnos en beatos de ella, conociendo como conocemos la multitud de circunstancias que la inhiben en un medio como el nuestro. La absoluta libertad formal asegurada por el Estado, y de la que este gobierno ha dado hasta ahora señales indudables, tiene sin embargo que ser fortalecida, concretada, hecha avanzar.

A ello serviría reglamentar el derecho a la información. No caigamos en el cinismo, que hiere a la conciencia histórica del país, de menospreciar la Constitución

dejando sólo en ella la referencia a ese derecho por la conciencia dé que dejándolo allí no pasa nada. Lejos dé ser excluyentes, el derecho a la información es la forma contemporánea de la libertad de expresión. Haberlo formulado constitucionalmente reconoce las limitaciones reales de esa libertad que no ha de ser solo joya decimonónica, y se propone superarlas.

Creímos ser, alguna vez, la tierra del milagro mexicano. La áspera realidad nos ha mostrado que no es así. Millones de compatriotas esperan todavía que delante de ellos se abra un destino verdaderamente humano, que les permita abandonar su degradada condición. Mientras esa realidad subsista, y subsistan también el empeño por negarla o minimizarla, o el afán por magnificarla, habrá tensiones entre la prensa y el poder.

Concluyo, señor Presidente, citando palabras tuyas, pronunciadas hace apenas pocos días. Nuestra condición republicana las hace adecuadas a la situación a que quiero aplicarlas. El lunes habló usted del vínculo entre los Estados Unidos y México en términos que pueden extenderse, con exactitud, a la relación entre la prensa y el poder: celebraremos las coincidencias, y cuando no coincidamos -y es posible que no coincidamos en este mundo lleno de pluralidades-, lo haremos sin arrogancia. La arrogancia es un peligroso desliz de los que están en posición más débil; la otra peligrosa ver tiente es la sumisión. Nosotros escogemos el camino del respeto y la dignidad, sin arrogancia y sin sumisión.”